

ISSN: 0327-5876

# NEWMANIANA

AÑO XXVII - NÚMERO 69

MARZO 2017

Beato John Henry Newman

*Ex umbris et imaginibus in veritatem*

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

# NEWMANIANA



Año XXVII - N° 69  
Marzo 2017

## Director

Mons. Fernando María Cavaller

## Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne  
Dr. Jorge Ferro  
Lic. Pablo Marini

## Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

## Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA  
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la  
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez  
Pcia. Buenos Aires-República Argentina  
www.amigosdenewman.com.ar  
amigosdenewman@gmail.com  
cavallerfm@gmail.com

## NOTICIAS

- Queremos fundar un Newman Center ..... 2

## SERMONES

- Introducción: *Cada uno de nosotros y la Iglesia toda está siempre en manos de la Divina Providencia* ..... 5
- Sermón: *La Providencia individual revelada en el Evangelio* ..... 10
- Sermón: *Someterse a Dios*..... 18
- Sermón: *El mundo y el pecado*..... 23

## POESÍA

- Sensibilidad ..... 17

## ARTÍCULO

- John Henry Newman:  
un anti-Lutero para el siglo XXI..... 28

## CARTAS

- Newman, entre una acusación malévola,  
llevado a juicio y su importante concepción  
de una universidad católica..... 33

## ARTÍCULO

- Newman y el monacato ..... 37

# QUEREMOS FUNDAR UN ***NEWMAN CENTER***



## **Historia anterior:**

La *Asociación Amigos de Newman*, fundada en 1990, cumple 27 años de existencia. La misma larga historia tiene nuestra publicación "NEWMANIANA". Tenemos nuestra Página Web. Hemos organizado varios Congresos y Encuentros en el país y participado de Congresos en el extranjero. Somos hoy referente en América Latina en lo que concierne al estudio y difusión de la vida y pensamiento del Beato John Henry Newman. Hemos cultivado los vínculos con otras Sociedades de Amigos de Newman en Europa y Estados Unidos.

## **Una idea vieja: tener un lugar físico**

Como toda familia, parroquia, convento, colegio, empresa, comercio, o instituciones varias, necesitamos una sede, un "hogar" en el sentido que Newman daba a este término. Necesitamos un "Centro" visible, ubicable, una referencia real para todo el país y para el extranjero. Un "lugar" desde donde podamos difundir mejor a Newman, su vida, su pensamiento, su espiritualidad. Donde pueda vivirse de modo personal su lema: *Cor ad Cor loquitur*, el corazón habla al corazón. Es decir:

## **Un Newman Center**

Es un nombre universalmente usado y reconocido. En Estados Unidos está vinculado a muchísimas universidades estatales, donde funciona la capellanía católica de las mismas. En Europa está vinculado a la *Congregación del Oratorio* en sus diversas casas, y a las sedes de Amigos de Newman, como el "International Center of Newman's Friends" de Roma, y otros centros similares. No existe ninguno en la América de habla hispana y portuguesa.

## **Qué tiene el Newman Center**

Estará la biblioteca de consulta, con las obras de Newman y sobre Newman. Será la sede de la revista "NEWMANIANA". También habrá folletos y estampas, y todo lo relacionado con la difusión newmaniana.

Será la sede de conferencias, cursos y encuentros.  
Podrá tener un pequeño Oratorio como lugar de oración.

### **Es una obra que garantiza continuidad**

Vinculará institucionalmente a sacerdotes y laicos. Estará avalada por la “Fundación de Amigos de Newman en Argentina”.

### **No es un punto de partida sino un punto de llegada**

Newman es una figura de la Iglesia universal, ya conocida. La difusión ya comenzó aquí hace 27 años, y en el mundo hace más de un siglo. La importancia y eficacia de la presencia del Center viene precedida por una historia anterior.

### **La ocasión es providencial**

Se acerca la canonización del Beato John Henry Newman. Podría ser este mismo año 2017. La causa está muy adelantada, y el milagro, ocurrido en Chicago, está siendo analizado en Roma. Nuestro *Newman Center* sería una obra proporcionada y apropiada a un acontecimiento tan importante para toda la Iglesia universal. Haría mucho bien en nuestro medio.

Esperamos su respuesta amistosa y su oración

### **COR AD COR LOQUITUR**

Para pedir por esta intención (y otras) recemos la siguiente oración,  
que podemos repetir como oración diaria durante la novena al  
beato John H. Newman.



*Padre eterno, Tú llevaste al beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de Tu verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.*

*Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención:*

*[pedir aquí la gracia].*

*Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.*

*Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.*

## A NUESTROS LECTORES

Les pedimos, nos envíen vuestros mails actualizados  
para una comunicación más dinámica.


Enviar a:

**amigosdenewman@gmail.com**

También les informamos que  
la página web ha sido mejorada y actualizada.

Los esperamos en  
**www.amigosdenewman.com.ar**

### PEDIDO



Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7  
CBU 0720094688000005108772  
CUIL 20-08288279-1



# Introducción al sermón sobre la Providencia divina de John H. Newman

*Cada uno de nosotros y la Iglesia toda está siempre en manos de la Divina Providencia*

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN  
**FERNANDO MARÍA CAVALLER**

**E**n este número podremos leer un sermón de Newman sobre la Providencia divina, en especial sobre aquella que tiene sobre cada uno de nosotros. Está dicho por los grandes especialistas en las obras de Newman que el principio más fundamental de su espiritualidad y de todo su pensamiento religioso y teológico es la Providencia de Dios.

Son innumerables los pasajes en sermones, ensayos, poesías, obras históricas, cartas, y escritos autobiográficos, donde aparece su visión providencial. Veamos algunos de ellos.

Así agradece en una carta a su abuela y tía:

*“Si he sido llamado por Dios para servirle en su ministerio, y si yo estoy en alguna medida capacitado por Él para cumplir mi vocación, es a vosotras dos a las que debo especialmente señalar como los instrumentos de la Providencia de Dios desde mi juventud, por haber enfocado mis pensamientos hacia la religión”.<sup>1</sup>*

Pero esto también lo predicaría. En un sermón dirá:

*“Nos suceden hechos agradables o dolorosos, y no sabemos al momento el signi-*

*ficado de los mismos, no vemos la mano de Dios en ello. Si verdaderamente tenemos fe, confesamos que no vemos y tomamos todo lo que pasa como Suyo, pero ya sea que lo aceptemos en la fe o no, ciertamente no hay otro camino de aceptación. No vemos nada. No vemos por qué las cosas llegan ni a dónde van...*

*¡Maravillosa Providencia, que es tan silenciosa, y sin embargo, tan eficaz, tan constante, tan infalible! Esto es lo que frustra el poder de Satanás, que no puede discernir la mano de Dios en lo que ocurre, y aunque quiera gustosamente encontrarse y tropezar con ella, en su loca y blasfema rebelión contra el Cielo, no puede hallarla. Astuto y penetrante como es, sin embargo, de nada le sirven sus mil ojos y sus muchos instrumentos contra el majestuoso y sereno silencio, contra la santa e imperturbable calma que reina a través de la providencia de Dios. Astuto y experimentado como es, aparece como un niño o un tonto, como alguien hecho para la diversión, cuyo pan cotidiano no es sino fracaso y burla, ante la sabiduría secreta y profunda del consejo divino. Hace conjeturas por aquí o algo atrevido por allí pero todo en la oscuridad. No supo de la venida de Gabriel y de la concepción milagrosa de*

la Virgen,<sup>2</sup> ni qué significaba eso Santo que iba a nacer, llamado el Hijo de Dios. Trató de matarle e hizo mártires a niños inocentes, tentó al Señor de todas las cosas con hambre y con perspectivas ambiciosas, pasó por la criba a los Apóstoles y no consiguió sino uno, que ya llevaba su propio nombre y había sido entregado como un demonio. Se levantó contra su Dios en su plena fuerza, en la hora y el poder de las tinieblas, y luego pareció conquistar, pero con su último esfuerzo y como el más grande de sus hechos, no hizo más que “realizar lo que en tu poder y en tu sabiduría habías predeterminado que sucediera” (Hech 4, 28). Trajo al mundo la verdadera salvación que temía y odiaba. Completó la expiación del mundo, cuya miseria estaba tramando.

¡Maravillosamente silencioso, pero irresistible curso de la Providencia de Dios! “Verdaderamente, Tú eres un Dios que te escondes, Oh Dios de Israel, el Salvador”, y si aun los demonios, sagaces como son, espíritus por naturaleza y experimentados en el mal, no pueden detectar Tu mano mientras actúas, ¿cómo podemos nosotros esperar verla, excepto por ese camino que los demonios no pueden tomar: por una fe amorosa? ¿Cómo podemos verla, excepto después, como recompensa de nuestra fe, contemplando la nube de gloria en la distancia, que cuando estaba presente era demasiado rara e impalpable para los sentidos mortales?

Así también, en un sinnúmero de otras circunstancias, ni sorprendentes, ni dolorosas, ni agradables, sino ordinarias, somos capaces de discernir más tarde que Él ha estado con nosotros, y como Moisés, adorarle. Dejad a una persona que confía ser en general aceptable en el servicio de Dios, mirar hacia atrás sobre su vida pasada, y



descubrirá cuán críticos fueron momentos y hechos que cuando sucedieron parecían por demás indiferentes: como por ejemplo, la escuela a la que fue enviado cuando niño, la ocasión del encuentro con aquellas personas que más le han beneficiado, los accidentes que determinaron su llamada o expectativas cuales quiera fuesen. La mano de Dios está siempre sobre los Suyos y los lleva adelante por un camino que no conocen. Todo lo más que pueden hacer es creer lo que no pueden ver ahora, lo que verán en la otra vida, y creyendo, actuar junto con Dios hacia ella”.<sup>3</sup>

Y en sus *Escritos Autobiográficos*, dice en 1869:

“La Providencia de Dios ha sido maravillosa conmigo a lo largo de mi vida. Una cosa me conmovió esta mañana como una antítesis, en la que he pensado a menudo en

2 Newman inserta aquí una cita remitiendo a la Carta a los Efesios de san Ignacio de Antioquía, 19.

3 Cristo manifestado en el recuerdo. PPS IV, 17, 1837.

sus detalles, sin observar el contraste que proporciona. Es éste: que mis pruebas han venido de aquellos a quienes yo había ayudado, y mis éxitos de mis oponentes. Sin mí Hawkins no hubiese sido Rector [del Oriel College], y él fue mi gran aflicción de 1830 a 1843. Sin mí Golightly no habría llegado a Oxford, y fue mi principal difamador. Sin mí J. Mozley no hubiera sido fellow del Magdalen [College], y él, después de mostrarse un íntimo afecto hasta que me hice católico, inmediatamente se dio vuelta, y comenzó sin demora a publicar escritos contra mí (y como pienso, con un conocimiento que de otro modo no podría haber tenido o usado). Sin mí Faber no habría sido miembro del Oratorio y cabeza de la congregación de Londres, y me difamó en Roma y otros lugares, tanto en el extranjero como aquí. Por otro lado, ¿a quienes debo más sino a los directores de la Universidad, los obispos anglicanos Hawkins y Golightly, cuando vinieron a ser mis opositores, por haber hecho tanto para hacerme católico? Por supuesto eran “motivos de credibilidad” directos que me convencían de que el catolicismo era divino, ¡pero qué gran sufrimiento fue despedirme de aquellos a quienes amaba!... Y últimamente el arzobispo de Westminster W.G. Ward, y otros, han triunfado en mantenerme fuera de Oxford, el único lugar donde podría ser de utilidad a la causa católica, ¿pero no redundo en mi bienestar, tranquilidad, y duración de mi vida?

Otro pensamiento que me viene es que he tenido tres grandes enfermedades en mi vida, ¡y cómo han resultado! La primera, aguda y terrible, cuando era un muchacho de 15 años, me hizo cristiano, con experiencias horribles antes y después, que sólo Dios conoce. La segunda, no dolorosa pero tediosa y demoledora, fue la que tuve en 1827 cuando era uno de los maestros examinadores [del Oriel College], y me separó

de un incipiente liberalismo, determinando mi trayectoria religiosa. La tercera fue en 1833, cuando enfermé en Sicilia, antes del comienzo del Movimiento de Oxford. Creo que cada uno tuvo que ver muchísimo con la Providencia de Dios sobre mí. Sin duda, Él vela sobre cada uno y lo cuida hasta el último día tanto que, salvado o no, confesaré que nada podría haber sido hecho por él más de lo que realmente se hizo, y cada uno sentirá que su propia historia es especial y singular. No puedo sino repetir las palabras que, creo, usé en un memorándum de 1820: entre la masa común de los hombres, ninguno ha pecado más, ninguno ha sido tratado tan misericordiosamente, como yo; ninguno tiene semejante causa de humillación, y semejante causa de acción de gracias”.<sup>4</sup>

Precisamente, después de esta enfermedad de 1833, cuando casi muere, y de regreso a Inglaterra, escribe a bordo mientras cruza el Mediterráneo, la célebre poesía “*Lead Kindly Light*”, (Guíame Luz bondadosa), que no es otra cosa que la entrega en manos de la Providencia de Dios.

“Guíame, Luz Bondadosa,  
en medio de las tinieblas  
¡Guíame adelante!  
La noche es oscura y estoy lejos del hogar,  
¡Guíame adelante!  
Guarda mis pasos; no Te pido ver  
el paisaje distante,  
un solo paso es suficiente para mí”.<sup>5</sup>

Así también aconsejaba a muchísimas personas:

“Debes esperar el tiempo de Dios. Él ya ha hecho gran cantidad de cosas por ti. Pero hará, estad seguro, muchas más. No desconfíes de Él, ponte en sus manos como Padre amoroso que es. No digas sin más

4 AW, 267-268, 25 de junio de 1869.

5 WVO XC, 16 de junio de 1833.



‘seguiré la verdad’, sino ‘seguiré la guía y la voluntad de quien es la Verdad’ y ‘pediré Su gracia para que me capacite hacerlos así’.<sup>6</sup>

“No dudes que una buena Providencia hará que tu camino sea lo más claro posible a medida que avances, aunque no seas capaz de ver muchos pasos más allá de ti. Quién sabe lo que te encontrarás más adelante. Quién sabe qué enfermedades, qué dolores o qué penas van a ser los medios que dobleguen el problema hasta que desaparezca.”<sup>7</sup>

“Es una ley de la Providencia de Dios que nosotros consigamos el éxito a través del fracaso; por eso mi consejo es decirte: ‘No dudes que Él se valdrá de ti –sé valiente–, ten fe en Su amor por ti –en su perpetuo y eterno amor– y ámale con la seguridad de que Él te ama’.”<sup>8</sup>

En el plano general del mundo de entonces, por 1870, la vida de la Iglesia Católica atravesaba momentos de gran penuria. Garibaldi había entrado en Roma. El papa Pío IX aplazó el Concilio Vaticano I. Crecía la incredulidad y el rechazo a la Iglesia en varios países de Europa. Newman escribe en varias cartas:

“La Divina Providencia ha permitido los sucesos del último año por algunos buenos propósitos, y nosotros debemos someternos a Su Voluntad.”<sup>9</sup>

“Mira cómo era la cara de Europa hasta el último mes de julio, cuando de repente se levantó tan violenta tormenta... Un nuevo mundo está surgiendo del viejo... Pero no pensemos que el brazo de Dios se ha

acortado. Él tiene muchas y diversas maneras de bendecirnos. Tengamos más fe que la que nos hace suponer que Su Providencia está obligada a actuar de una manera determinada, y que Él no puede convertir en bueno aquello que sus enemigos intentan para nuestra destrucción.”<sup>10</sup>

“Pienso que, o bien el Anticristo ha llegado, o una gran prueba purificadora –que puede durar siglos– está llegando a la Iglesia. El curso de la Divina Providencia puede resultar ser tan glorioso como terrible. Yo, como tú, estoy escuchando los pavorosos relatos de las defecciones entre nuestra propia gente, quiero decir, gente de Inglaterra. Una señorita me escribe esta mañana: ‘Más bien es ahora la excepción la de encontrarse en la sociedad con un creyente’... Bendigamos a Dios y alabémosle por mantenernos a salvo.”<sup>11</sup>

Cuando en 1879, recibe el capelo cardenalicio de manos del papa León XIII, algo que él consideró un verdadero milagro de la Providencia, que hacía desaparecer todas las sospechas, malos entendidos, y acusaciones que había recibido en los últimos años, en el famoso *Discurso* que hizo en Roma, pintando la situación del mundo bajo el flagelo del liberalismo religioso, lo que hoy llamamos relativismo, al final de la exposición dijo lo siguiente:

“El cristianismo ha estado tan a menudo en lo que parecía un peligro mortal, que ahora debemos temer cualquier nueva adversidad. Hasta aquí es cierto. Pero, por otro lado, lo que es incierto, y en estas grandes contiendas es generalmente incierto, y lo que es comúnmente una gran sorpresa cuando se lo ve, es el modo particular por el cual la Providencia rescata y salva a su herencia elegida, tal como resulta. Algu-

6 LD XXV, p. 296, agosto de 1870. Carta a William Dunn Gainsford.

7 LD XXV, p. 314, abril de 1871. Carta a Emely Bowles

8 LD XXX, p. 142, 1882. Carta a Lord Bray.

9 LD XXV, p. 447, diciembre de 1871. Carta a Sir William H. Cope.

10 LD XXV, p. 256. Carta a la Hna. Mary Imelda Poole

11 LD XXVI, p. 222. Carta a la Hna. Mary Imelda Poole



*nas veces nuestro enemigo se vuelve amigo, algunas veces es despojado de esa especial virulencia del mal que es tan amenazante, algunas veces cae en pedazos, algunas veces hace sólo lo que es beneficioso y luego es removido. Generalmente, la Iglesia no tiene nada más que hacer que continuar en sus propios deberes, con confianza y en paz, mantenerse tranquila y ver la salvación de Dios. ‘Los humildes poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz’ (Salmo 37, 11)”.*<sup>12</sup>

En una de las últimas cartas de envergadura que pudo escribir, en 1887, refiriéndose al secularismo de la época, dice:

*“En este día de indiferencia religiosa y de incredulidad ha sido mi esperanza y mi consuelo pensar que está en marcha un llamado e íntimo proceso dentro del corazón de muchos hombres, que, aunque no tenga un pleno despliegue en esta generación o en la próxima, responde en cualquier caso a una verdadera obra de la Providencia Divina con vistas a lograr un estado de la religión como*

*el mundo no ha visto hasta el presente”.*<sup>13</sup>

Así había sido su modo de ver la realidad durante toda su vida, es decir, una mirada de fe y esperanza, bajo la acción de la Providencia de Dios. Así, 46 años antes de esta carta, podemos leer esta otra, escrita cuando todavía era anglicano, que incluyó siendo católico en su *Apología pro vita sua*:

*“¿No es este tiempo nuestro un momento de extraños giros de la Providencia? ¿No es lo más seguro hacer simplemente, sin atender a las consecuencias, lo que consideremos correcto, día a día? ¿No será garantía de error el empeñarnos en trazarle de antemano su curso a la Divina Providencia?”*<sup>14</sup>

Si cada uno de nosotros, y determinadas situaciones de la historia de la Iglesia, todo ello está incluido en la Providencia de Dios, no como un determinismo, sino como una acción suya que no significa nunca negar o limitar la libertad humana, quiere decir que la Providencia incluye la posibilidad del mal y del pecado, triunfando siempre con un bien mayor. Así fue con el mismo pecado original con la salvación obrada por Jesucristo, al decir de san Agustín “feliz culpa, que nos mereció tal Redentor”. Y así es y será con todo lo demás. En esto se funda también la promesa de Jesús referida a su Iglesia: “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”. No niega la posibilidad del ataque maligno sino su triunfo final. Por eso, el consejo de Newman es sabio: hay que seguir haciendo *lo correcto* día a día, a pesar de la tribulación. Hay que seguir pensando y viviendo en la Verdad a pesar de la confusión reinante. Debemos tener una mirada de fe y esperanza como la de Newman. Podemos estar ahora mismo en uno de esos *extraños giros de la Providencia*. ●—

<sup>12</sup> El texto original está en *My Campaign in Ireland*, Aberdeen, 1896, pp. 393-400, y en la biografía de W. Ward, p. 462.

<sup>13</sup> LD XXXI, p. 181, 1887. Carta a William Knight.

<sup>14</sup> Navidad de 1841. Carta a William Church, LD VIII, p. 387; Apo, 160. Las palabras en cursiva son de Newman.

Parochial and Plain Sermons, vol III, 9  
 Predicado en St. Mary the Virgin, el 5 de abril de 1835

# La providencia individual revelada en el Evangelio

*Tú eres el Dios que me ve (Gen, 16, 13)*

Cuando Agar huyó al desierto, lejos del rostro de su ama, fue visitada por un ángel, que la envió de vuelta; pero junto con esta implícita reprensión por su impaciencia, le hizo una promesa para animarla y consolarla.<sup>1</sup> En la mezcla de pensamientos humildes y alegres que le vinieron, ella reconoció la presencia de su Creador y Señor, que siempre llega a Sus servidores bajo un doble aspecto: severo porque Él es santo, pero dulce y lleno de misericordia. Por eso, ella llamó al Señor que le habló con el nombre “Tú eres el Dios que me ve”.

Tal era la condición del hombre antes de la venida de Cristo, favorecido con algunos avisos ocasionales de la consideración de Dios hacia los individuos, pero mayormente era instruido sólo acerca de Su Providencia general, tal como se ve en el curso de los asuntos humanos. Al respecto, incluso la Ley era deficiente, aunque abunda-

ba en pruebas de que era un Dios viviente, que todo lo veía y todo lo recompensaba. Era deficiente en comparación al Evangelio, que nos da la evidencia de una relación realmente existente entre cada alma humana y su Creador, independientemente de todo lo demás en el mundo. Por cierto, de Moisés se dice que “el Señor hablaba con él *cara a cara*, como un hombre con su amigo” (Ex 33, 11). Pero este fue un privilegio especial concedido solamente a él y a algunos otros, como dice el texto de Agar, no a todo el pueblo. En cambio, en la Nueva Alianza está claramente revelada esta atención concedida por Dios Todopoderoso a cada uno de nosotros. Fue predicho de la Iglesia cristiana, “*Todos* tus hijos serán enseñados por el Señor, y grande será la paz de tus hijos” (Is 54, 13). Cuando el Hijo Eterno vino a la tierra en nuestra carne, los hombres vieron a su invisible Creador y Juez. Ya no se mostró más a Sí mismo a través de los meros poderes de la naturaleza, o en el laberinto de los asuntos humanos, sino en nuestra propia semejanza con Él. “Porque el mismo Dios que dijo: ‘brille la luz en medio de las tinieblas’, es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandez-

<sup>1</sup> Agar era la esclava de Abraham con quien tendría a Ismael. Sara, mujer de Abraham, la había echado. El legítimo heredero de Abraham será Isaac, hijo de Sara. La promesa del ángel a Agar fue: “Yo multiplicaré de tal manera el número de tus descendientes, que nadie podrá contarlos”. (Gen 16, 1-15)



*Agar y el ángel.* Óleo sobre lienzo. 136 x 158 cm.  
Salzburgo, Carel Fabritius, 1645.

ca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo” (2 Cor 4, 6), es decir, de una forma sensible, como un ser individual realmente existente. Y, al mismo tiempo, inmediatamente, comenzó a hablarnos como individuos, a dirigirse a cada uno de nosotros. Por ello fue, en cierto sentido, una revelación cara a cara.

Este es el tema sobre el cual me propongo ahora hacer unas pocas observaciones. Permítaseme primero señalar, que es muy difícil abarcar la idea de esta providencia individual de Dios, a pesar de la revelación que nos hace el Evangelio. Si nos dejamos llevar por la corriente del mundo, viviendo como los otros hombres, recogiendo nuestras nociones de religión aquí y allá, tendremos poca o ninguna comprensión acerca de una Providencia personal. Concebimos las obras de Dios Todopoderoso como un gran plan, pero no podemos darnos cuenta de la maravillosa verdad de que Él ve individuos y piensa en ellos. No podemos creer que esté realmente presente en todo lugar, dondequiera que estemos, aunque

invisible. Por ejemplo, podemos entender, o pensar que entendemos, que Él estaba presente en el monte Sinaí, o dentro del Templo judío, o que abrió el suelo bajo Datán y Abiram. Pero no podemos creer suficientemente que Él esté de igual modo como dice el salmo: “distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares” (138, 3). No podemos hacer nuestro rápidamente el hecho solemne de que Él ve lo que está pasando entre nosotros en este momento, de que este hombre cae y aquel otro es elevado ante Su silencioso e invisible mandato. Por cierto, usamos las oraciones de la Iglesia e intercedemos, no sólo por los hombres de cualquier condición, sino por el Rey, la nobleza, el Parlamento, y demás, descendiendo a las personas enfermas de nuestra propia parroquia. Sin embargo, no nos damos cuenta cabal de la verdad de Su omnisciencia. Sabemos que Él está en el Cielo, y olvidamos que está también en la Tierra. Esta es la razón por la cual las masas son tan profanas. Usan palabras ligeras, se burlan de la religión, se permiten ser tibios e indiferentes, participan



con los hombres malvados, llevan adelante medidas inicuas, defienden la injusticia, la crueldad, el sacrilegio o la infidelidad, porque no conocen a fondo la verdad de que Dios los ve, aunque no tengan la intención de negarlo. Existe una terquedad, un autoengaño, que pecaría incluso en la presencia visible de Dios. Este fue el pecado de Balaam, que tomó parte con los enemigos de Israel por una recompensa, y el pecado de Zimrí hijo de Salú, un príncipe de los simeonitas a quien juzgó Pinjás, y el pecado de Saúl, de Judas, de Ananías y Safira (Nm 22, 5-28; 25, 6-18; 1 Sam 15, 7-31; Mt 26, 14-25; Hech 5, 1-11). ¡Oh sí!, tal es, sin duda, el pecado de muchos hoy en Inglaterra, a menos que la naturaleza humana sea otra que la que fue entonces. ¡Oh sí!, tal pecado es nuestro de vez en cuando, como cualquiera puede corroborar si hace su propio examen. Sin embargo, por encima de esto, existe también un gran número de pecaminosidad profana por nuestro *olvido*, por no comprender que estamos en la presencia de Dios, o (en otras palabras) por no creer que Él ve y escucha y toma nota de todo lo que hacemos.

Nuevamente, este es a menudo el estado en el que se encuentran personas que caen en desgracia. El mundo les abandona y desesperan, porque no se dan cuenta del amor bondadoso y la presencia de Dios. No encuentran consuelo en una verdad que para ellos no es esencial sino una opinión. Por esta razón fue que Agar, cuando la visitó el ángel en el desierto, llamó al Señor que le habló “Tú eres el Dios que me ve”. Le llegó como una verdad nueva que, en medio de su desgracia y rebeldía, el ojo de Dios estuviese sobre ella. El caso es el mismo ahora. Los hombres hablan de un modo genérico acerca de la bondad de Dios, de su benevolencia, compasión y paciencia, pero piensan de ello como un torrente que se derrama a través del mundo, como la luz del sol, no como una acción continuamente repetida de una Mente inteligente y viva, que contempla a quienes visita e intenta llevar a cabo lo que realiza. Así pues, cuando ellos entran en desgracia dicen “es todo para bien, porque Dios es bueno”, y co-

sas por el estilo, pero es un consuelo frío que no les disminuye su pena, porque no han acostumbrado su espíritu para sentir que Él es un Dios misericordioso que los mira individualmente, y no una Providencia universal que actúa por leyes generales. Y entonces, quizá, una súbita nueva noción irrumpe sobre ellos, como ocurrió con Agar. Una Providencia especial, en medio de sus aflicciones, se dirige derecho a sus corazones, y les hace comprender, de un modo que antes no habían experimentado, que Dios los ve. Pero entonces, sorprendidos por esto, que es algo bastante nuevo para ellos, se van al otro extremo, en proporción a su apatía anterior, y piensan que son objeto especial del amor de Dios, más que todos los demás. En vez de tomar lo que les ha pasado como evidencia de una Providencia particular sobre todos, según lo revela la Escritura, no creerán ni un ápice más de lo que ven, y mientras descubren que Él los ama individualmente, en base a ello no avanzarán ni un paso hacia la verdad general de que Él ama también a los otros hombres individualmente. Ahora bien, si hubiesen estado siempre en la práctica de estudiar la Escritura, se habrían salvado de ambos errores: el de estar ciegos a una Providencia particular, y a una mirada estrecha limitada a ellos mismos, como si el mundo entero fuese rechazado y reprobado. Pues la Escritura presenta este privilegio como algo de todos los hombres, uno por uno.

Supongo que es casi innecesario probar a los que han meditado los Evangelios, que el carácter peculiar de la bondad del Señor, tal como se muestra en ellos, es su delicadeza y consideración. Estas cualidades son la verdadera perfección de la amabilidad entre los hombres, pero por la misma extensión y complejidad del mundo, y al ser invisible su Creador, nuestra imaginación logra apenas atribuírselas, aun cuando nuestra razón está convencida y queremos creer en conformidad. Su Providencia se manifiesta en la leyes generales, avanza sobre las líneas de la verdad y la justicia, y no tiene consideración de personas al recompensar el bien y castigar el mal, como individuos, sino de acuerdo a su ca-

rácter. ¿Cómo es que Él, siendo Santísimo, dirige Su amor a este o aquel hombre, en atención a cada uno, contemplándonos uno por uno, sin infringir Sus propias perfecciones? ¿Y cómo, siendo el Supremo Ser un Dios de pura benevolencia, aun así nos vendrá a la mente pensar en Él con esa fuerza que ejerce en nosotros la amabilidad de un amigo humano? El mayor reconocimiento que podemos hacer a la amabilidad de un superior es decir que actúa como si estuviera personalmente interesado en nosotros. La mayoría de los hombres benevolentes son amables y generosos, porque su modo de ser es así, sin considerar la persona a quien benefician. El temperamento natural, un movimiento espiritual, o un cambio de buena fortuna, abren el corazón, que se derrama profusamente sobre amigos y enemigos. Desparraman beneficios mientras avanzan. Ahora bien, a primera vista, es difícil ver cómo nuestra idea de Dios Omnipotente puede ser despojada de estas nociones terrenas, sea que Su bondad es imperfecta o que es fatídica y necesaria; y es ciertamente maravillosa y adorable la condescendencia con la cual ha salido al encuentro de nuestra debilidad. La ha socorrido en esa misma dispensación por la cual redimió nuestras almas. Para que pudiéramos entender que a pesar de Sus misteriosas perfecciones Él tiene un conocimiento y atención por los individuos, ha tomado sobre Sí los pensamientos y sentimientos de nuestra propia naturaleza, que todos entendemos es capaz de tales apegos personales. Al hacerse hombre, Él ha acortado las perplejidades y las discusiones de nuestra razón sobre el tema, como si concediera nuestras objeciones como hipótesis y las suplantara tomando nuestro propio lugar.

La propiedad más atractiva de la misericordia de nuestro Salvador (si está bien hablar así) es su dependencia del tiempo y el espacio, persona y circunstancias; en otras palabras, su sensible discernimiento. Considera y tiene en cuenta a cada individuo tal como se presenta. Llega a algunos como no llega a otros, no puede (por así decir) manifestarse a todos del mismo modo;

tiene su forma particular y modo de sentir para cada uno; y en algunos se ofrece como si Su propia felicidad dependiera del bienestar de ellos. Este puede ser ilustrado, como se hace con frecuencia, por la conducta tierna de nuestro Señor hacia Lázaro y sus hermanas, o por Sus lágrimas sobre Jerusalén, o por su comportamiento con san Pedro antes y después de que lo negó, o hacia santo Tomás cuando dudó, o por el amor a Su madre, o a san Juan. Pero quiero dirigir vuestra atención más bien a Su trato con Judas el traidor, porque no es comúnmente mencionado y, también, porque si existió un ser en el mundo entero a quien uno podría suponer expulsado de Su presencia como odioso y reprobado, fue ese que Él previó que lo traicionaría.

Judas estaba en la oscuridad, odiaba la luz, y “se fue adonde le correspondía” (Hech 1, 25), pero no por la mera fuerza de ciertos principios naturales que produjeron sus inevitables resultados –por algún destino insensible que sentencia a los malos al infierno– sino por un Juez que lo examina de pies a cabeza, que lo escudriña hasta los huesos, para ver si existe algún rayo de esperanza, alguna chispa de fe latente, que le suplica una y otra vez, y que, mientras le abandona finalmente, llora su pérdida con el afecto herido de un amigo más que con la severidad del Juez de toda la Tierra. Por ejemplo, primero una sorprendente advertencia un año antes de su desgracia: “¿No os he elegido a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un demonio” (Jn 6, 70). Luego, cuando llegó el tiempo, el acto más bajo de humillación hacia alguien que iba pronto a traicionarlo y a sufrir el fuego inextinguible: “Se levanta de la mesa, y... echa agua en una fuente, y se puso a lavar los pies de los discípulos” (Jn 13, 4-5), y Judas estaba entre ellos. Luego, una segunda advertencia al mismo tiempo, o más bien un doloroso lamento como si hablara consigo mismo: “No todos estáis limpios” (Jn 13, 10). Luego abiertamente: “En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará” (Jn 13, 21). “El Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por



*Judas besa a Cristo (detalle).  
Estatua en la Scala Santa, San  
Juan de Letrán, Roma.*

quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!’ Entonces preguntó Judas, el que iba a entregarle: ‘¿Soy yo acaso, Maestro?’. Él le dijo: ‘Sí, tú lo has dicho’” (Mt 26, 24-25). Y por último, cuando en efecto lo hubo traicionado, le dijo: “Amigo, ¿para qué has venido?” (Mt 26, 50). Y se dirigió a él por su nombre: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?” (Lc 22, 48).

No estoy intentando reconciliar Su divina presciencia con esta ansiedad especial y prolongada, este sentimiento personal hacia Judas; solamente quiero que meditéis en esto último para contemplar lo que se nos da por la revelación de Dios Omnipotente en los Evangelios, es decir, una familiaridad con Su consideración providencial hacia los *individuos*, haciendo salir Su sol sobre buenos y malos. Y de igual modo, sin duda, en el último día, los malvados e impenitentes serán condenados, no en masa, sino uno por uno. Uno por uno aparecerá a su turno ante el

justo Juez, de pie ante la plena gloria de Su rostro, cuidadosamente puesto en la balanza y encontrado falto de peso, tratado no ciertamente con un propósito malvado y vacilante donde la justicia de Dios reclama satisfacción, sino, al mismo tiempo, con toda la solicitud circunstancial y delicadeza tremenda de alguien que, si Él pudiera, de buena gana haría el fruto de Su pasión más numeroso de lo que es.

Esta solemne reflexión puede ser reforzada al considerar la conducta de nuestro Señor hacia los extraños que se llegaban a Él. Judas era Su amigo, pero *nosotros* nunca lo hemos visto. ¿Cómo nos verá y cómo nos ve? Que nos los asegure Su manera de ser hacia las multitudes en los evangelios. Santísimo y Topoderoso como es, y ha mostrado serlo, sin embargo, en Su divina majestad pudo mostrar un interés delicado en todos los que se le acercaban, como si no pudiera poner Sus ojos en ninguna de Sus creaturas sin el afecto desbordante de un padre por su hijo, mirándolo con plena satisfacción, y deseando simplemente su felicidad y bien mayor. Así pues, cuando el joven rico se le acercó, se dice que “Jesús, fijando en él su mirada, *lo amó*, y le dijo: ‘Una cosa te falta’” (Mc 10, 21). Y cuando los fariseos le pidieron un signo, “Dio un profundo gemido” (Mc 8, 12). Y en otra oportunidad, “Mirando a su alrededor” –como si fuera a cada uno, para ver si acaso aquí o allí pudiera haber una excepción a la incredulidad general, y condenar, uno por uno, aquellos que eran culpables– “Mirándolos con ira, estaba

apenado por la dureza de sus corazones” (Mc 3, 5). Y cuando se acercó a Él un leproso, no sólo lo curó, sino que “compadecido de él, extendió su mano y lo tocó” (Mc 1, 41) (Ver también Mt 19, 26; Lc 22, 61; Mc 3, 34).

¡Qué clemente es esta revelación de la particular providencia de Dios para con aquellos que lo buscan! ¡Cuán agraciada para aquellos que han descubierto que este mundo no es sino vanidad, y que están solos y apartados, cualesquiera sean las sombras de poder y felicidad que los rodean! La multitud, por cierto, continúa sin estos pensamientos, sea por insensibilidad al no comprender sus propias carencias, sea por cambiar de un ídolo a otro cuando fallan sucesivamente. Pero los hombres de corazones más perspicaces estarían dominados por el abatimiento, y hasta aborrecerían la existencia, de sólo suponer que se encuentran bajo la mera acción de leyes fijas, sin poder alguno para excitar la compasión o la atención de Aquel que los ha señalado. ¡Qué deberían hacer especialmente los que se encuentran arrojados entre personas incapaces de entrar en sus sentimientos, extraños con ellos aunque siempre muy amigos por larga costumbre; o los que tienen perplejidades que no pueden explicarse a sí mismos y mucho menos removerlas, y nadie los ayuda; o los que tienen afectos y aspiraciones encerradas dentro suyo porque no encuentran objetos a los cuales dedicarse; o los que son incomprensidos por aquellos que los rodean, y encuentran que no tienen palabras para situarse bien con ellos, o principios en común como modo de atraer; o los que les parece que están sin lugar o propósito en el mundo, o en el camino de otros; o los que tienen que seguir su propio sentido del deber sin consejeros ni apoyos, más aún, resistir los deseos y solicitudes de superiores o parientes; o los que llevan la carga de algún secreto dolor, o alguna pena solitaria incommunicable! En todos tales casos la narración del Evangelio provee a nuestra necesidad, no presentándonos simplemente un Creador inmutable con quien contar, sino un Guardián compasivo, un Juez y Auxiliador que discierne.



*Jesús cura al leproso. Jean-Marie Melchior Doze.*

Dios te contempla individualmente, quienquiera que seas. Te “llama por tu nombre”. Te ve, y te comprende, porque te hizo. Conoce lo hay en ti, todos tus peculiares sentimientos y pensamientos, sus disposiciones y aficiones, tu fuerza y tu debilidad. Te ve en tu día de gozo y en tu día de pesar. Es comprensivo en tus esperanzas y en tus tentaciones. Se interesa en todas tus inquietudes y recuerdos, todos los ascensos y caídas de tu espíritu. Él ha contado los mismos cabellos de tu cabeza y los codos de tu estatura. Te rodea y te lleva en Sus brazos, te levanta y te sienta. Advierte tu mismo semblante, sonriente o en lágrimas, saludable o enfermo. Se fija tiernamente en tus manos y en tus pies. Escucha tu voz, el latido de tu corazón, y tu misma respiración. Tú no lo amas mejor de lo que Él te ama. Tú no puedes vacilar ante el dolor más de lo que a Él le disgusta sufrirlo, y si lo pone sobre ti, es como si tú mismo te lo pusieras, si eres sabio,



para un bien mayor después. Tú no sólo eres Su creatura (aunque Él cuida de los mismos gorriones y se compadeció del “mucho ganado” de Nínive), tú eres el hombre redimido y santificado, Su hijo adoptivo, favorecido con una parte de esa gloria y bienaventuranza que fluye eternamente de Él hacia el Unigénito. Tú eres elegido para ser Suyo, aún por encima de tus compañeros que habitan en el este y el sur. Tú era uno de aquellos por quien Cristo ofreció Su última oración, y la selló con Su preciosa sangre. ¡Qué pensamiento es este, un pensamiento casi demasiado grande para nuestra fe! Apenas podemos refrenarnos de actuar como Sara,<sup>2</sup> cuando lo tenemos delante, como “ríendonos” debido al estupor y la perplejidad. ¿Qué es el hombre, qué somos nosotros, qué soy yo, para que el Hijo de Dios deba estar tan atento a mí? ¿Qué soy yo para que me haya elevado desde una naturaleza casi diabólica a la de un ángel, para que haya cambiado la constitución original de mi alma, que me haya hecho de nuevo, a mí que desde mi juventud he sido un transgresor, y que Él mismo habite personalmente en este corazón mío, haciéndome Su templo? ¿Qué soy yo para que Dios Espíritu Santo entre en mí, y levante mis pensamientos hacia el Cielo “con gemidos inefables” (Rom 8, 26).

Estas son las meditaciones que vienen a consolar al cristiano, mientras él está con Cristo en la montaña santa. Y cuando desciende a sus tareas diarias, son aún su fuerza interior, aunque no le es permitido contar la visión a aquellos que lo rodean. Hacen brillar su rostro, lo hacen alegre, tranquilo, sereno, y firme en medio de toda tentación, persecución o aflicción. Y con tales pensamientos ante nosotros, ¡qué bajo y miserable aparece el mundo en todas sus búsquedas y doctrinas! ¡Que verdaderamente miserable parece buscar el bien en las creaturas, codiciar la posición social, la riqueza, o el crédito, elegir caprichosamente para nosotros esto o aquel

modo de vida, adoptar las maneras y modas de los grandes, gastar nuestro tiempo en frivolidades, ser descontentos, peleadores, celosos o envidiosos, crícones o resentidos, amigos de charlas insustanciales, impacientes por las noticias del día, ocupados en asuntos públicos que no nos conciernen, apasionados en este o aquel interés de partido, perseguir las ganancias, o dedicarse al incremento de conocimientos estériles! ¡Y al final de nuestros días, cuando desfallezcan la carne y el corazón, cuál será nuestro consuelo, aunque nos hayamos hecho ricos, o hayamos tenido un oficio, o hayamos sido el primero entre iguales, o hayamos abatido un rival, o manejado las cosas a nuestro modo, o nos hayamos establecido espléndidamente, o hayamos intimado con los grandes, o lo hayamos pasado suntuosamente, o ganado un nombre! Aún si obtenemos lo que es perdurable, un lugar en la historia, después de todo, ¿qué cenizas habremos comido en vez de pan! Y en esa hora tremenda, cuando la muerte está a la vista, ¿nos reconocerá igual Aquel cuyos ojos están ahora tan amorosamente puestos sobre nosotros y cuyas manos caen sobre nosotros tan buenamente?; o si habla todavía, ¿tendrá Su voz algún poder para conmovernos, o más bien nos rechazará como hizo con Judas, por la misma ternura con la que nos invita a ir a Él?

Esforcémonos, pues, con Su gracia, por comprender rectamente dónde estamos, y qué es Él hacia nosotros: muy tierno y compasivo, pero que, con toda su compasión, no traspasa ni por un pelo las líneas eternas de la verdad, la santidad y la justicia, y es el que puede condenarnos a la eterna aflicción, aunque llore y se lamente de antemano, y que una vez que sea dictada la sentencia de condenación, barrerá por completo el recuerdo de nosotros, “no os conozco” (Mt 25, 12). La cizaña será juntada en manojos para ser quemada, indiscriminadamente, promiscuamente, desdeñosamente. “Temamos, pues; no sea que, permaneciendo aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de nosotros parezca llegar rezagado”. (Heb 4, 1) ●—

2 Se refiere a su risa no reprimida cuando escucha que va a concebir siendo vieja (Gn 18,12)

## Sensitiveness

*Time was, I shrank from what was right  
From fear of what was wrong;  
I would nor brave the sacred fight,  
Because the foe was strong.*

*But now I cast that finer sense  
And sorer shame aside;  
Such dread of sin was indolence,  
Such aim at Heaven was pride.*

*So, when my Saviour calls, I rise,  
And calmly do my best;  
Leaving to Him, with silent eyes  
Of hope and fear, the rest.*

*I step, I mount where He has led;  
Men count my haltings o'er;  
I know them; yet, though self I dread,  
I love His precept more.*

## Sensibilidad

*Hubo un tiempo en que huía de lo recto  
Por temor de lo inicuo.  
No enfrentaba entonces el combate sacro  
Pues el enemigo era fuerte.*

*Mas ahora deseché el sentir refinado  
Y la enconada humillación.  
Aquel miedo al pecado era desidia  
Y el aspirar al Cielo sólo orgullo.*

*Así ahora pues cuando el llamado  
De mi Señor resuena me levanto.  
Hago sereno lo mejor que puedo  
Dejándole a Él el resto, con mis ojos  
En un silencio de esperanza y miedo.*

*Camino y subo adonde Él me lleva,  
Y los hombres toman cuenta  
De mis vacilaciones. Los conozco.  
Y por sobre mis temores  
Amo más aún su mandamiento.*

Lazaret, Malta

Enero 15, 1833

# *Dos sermones de Cuaresma de su época católica*

Seguimos publicando (ver los números 63 y 68 de **NEWMANIANA**) la traducción de una serie de sermones que Newman predicó recién llegado a Birmingham, ordenado sacerdote católico el año anterior en Roma. Allí el auditorio ya no era el de Oxford, que estaba integrado por el mundo culto de la Universidad, profesores y alumnos, de la Iglesia Anglicana. Birmingham era una típica ciudad emergente de la revolución industrial, llena de fábricas textiles, y cuya población católica estaba compuesta mayormente por obreros, fuera ingleses o inmigrantes irlandeses. Newman, que supo estar a la altura de Oxford con el deslumbrante estilo oratorio de sus Sermones Parroquiales predicados en la iglesia de Santa María, habla ahora con un modo adaptado a la sencillez de aquellos fieles. Es interesante descubrir este cambio, comparando estos dos sermones con el anterior. Como sea, sigue estando su lúcida comprensión de la realidad y la sabiduría para iluminarla con la fe, y tratando los puntos esenciales de la misma. Es siempre Newman, sacerdote y pastor, primero anglicano y ahora católico.

Catholic Sermons Unpublished, V

Predicado en la Catedral de St. Chad, Birmingham, el 12 de marzo de 1848

## *Someterse a Dios*

### **Primer domingo de Cuaresma**

**S**upongo que ha impresionado a muchas personas como algo notable, que en los últimos tiempos la estrictez y severidad que la religión tenía en épocas pasadas haya sido tan mitigada. Ha habido un gradual abandono de obligaciones penosas que antes eran impuestas a todos. Hubo un tiempo en que todas las personas, hablando en general, se abstenían de comer carne durante toda la Cuaresma. Ha habido dispensas en este punto una y otra vez, y este año hay una nueva. ¿Cuál es el significado de esto? ¿Qué consecuencia sacamos de ello? Es una cuestión digna de ser considerada. Se pueden dar varias respuestas, pero me limitaré a una de ellas.

Respondo que ayunar es sólo una parte de un deber grande y trascendental: la sumisión de nosotros mismos a Cristo. Debemos entregarle a Él todo lo que tenemos, todo lo que somos. No debemos guardarnos nada. Tenemos que presentarnos a Él como prisioneros cautivos con quienes Él pueda hacer lo que quiera, nuestra alma y nuestro cuerpo, nuestra razón, nuestros juicios, nuestros afectos, nuestra imaginación, nuestros gustos y apetitos. La gran cosa es *someterse*. Pero en cuanto al modo particular por el cual debe expresarse el gran precepto de autoconquista y autoentrega, eso depende de la misma persona, del tiempo y del lugar. Lo que

es bueno para una edad o persona, no es bueno para otra.

Hay otros ejemplos de la misma variante. La devoción a los santos en una práctica católica. Está fundada en una clara doctrina católica, y la práctica católica ha sido la misma desde el principio. No puede cambiar. Sin embargo, es cierto que el objeto prominente de esa devoción ha variado en diferentes tiempos, variando ahora en el caso de los individuos, pues una persona tiene devoción a un santo y otra a otro; y de igual modo ha variado en la Iglesia toda, por ejemplo, cuando al menos al principio los mártires, como era natural, ocuparon la atención principal. Era natural, cuando sus amigos estaban muriendo diariamente ante sus ojos bajo la espada o en la hoguera, que dirigieran su devoción en primer lugar a sus almas glorificadas. Pero cuando fue garantizado el tiempo de la paz exterior, entonces ocupó su lugar en el corazón de los fieles el pensamiento de la Santísima Virgen, y hubo una devoción a ella mayor que antes. Y este pensamiento sobre la Santísima Virgen ha crecido con más fuerza y claridad, y con más influencia en las mentes de la Iglesia. Los siervos devotos de María eran comparativamente pocos en los primeros siglos, y ahora son muchos.

Para tomar otro ejemplo, la guerra actual con los espíritus malignos pareciera ser muy diferente a lo que era en épocas pasadas. Ellos atacan un era civilizada de un modo más sutil que el que usaban al atacar una era ruda. Leemos en las vidas de los santos y de otros que el mal espíritu se mostraba y luchaba con ellos cara a cara, pero ahora aquellos espíritus sutiles y experimentados encuentran más adecuado a su propósito no mostrarse, o al menos no tanto. Les interesa dejar que se desvanezca la idea sobre ellos en la mente de los hombres, ser irreconocibles para poder hacer un mal mayor. Y asaltan a los hombres de un modo más sutil, no groseramente, con alguna clara tentación que cualquiera puede entender, sino que se dirigen de manera refinada a nuestro orgullo o engreimiento, o amor al

dinero, o a lo fácil, o a la apariencia, o a nuestra depravada razón, para tener así un dominio real sobre personas que a primera vista parecieran ser bastante superiores a la tentación.

Aplicad ahora estos ejemplos al caso en cuestión. De lo dicho se sigue que no debéis suponer que nada nos incumba en cuanto a la mortificación, pero no tenéis que ayunar tan estrictamente como antes. Es razonable pensar que alguna otra obligación del mismo tipo puede tomar su lugar, y que el permiso concedido de comer puede ser, por otro lado, una sugerencia para ser más severos con nosotros mismos por lo demás.

Y esta previsión queda confirmada por la historia de la tentación de nuestro Señor en el desierto. Observaréis que *comienza* con el intento por parte del demonio de hacer que Él rompa el ayuno impropriamente. *Comienza*, pero no termina allí. Era la primera de tres tentaciones, y las otras dos fueron dirigidas más a Su espíritu, no a las necesidades de Su cuerpo. Una fue que se tirara abajo desde el pináculo, la otra el ofrecimiento de todos los reinos del mundo. Eran tentaciones más sutiles.

Ahora bien, ya he usado la palabra “sutil”, y necesita alguna explicación. Por tentación sutil me refiero a lo que es muy difícil de darse cuenta. Todos saben lo que es quebrantar los diez mandamientos, el primero, el segundo, el tercero, etc. Cuando una cosa está mandada directamente, y el demonio nos tienta para desobedecerla, esto *no* es una tentación sutil, sino una tentación crasa y clara. Pero existen muchas cosas malas que no son tan obviamente malas. Son malas porque nos llevan a lo que está mal o son la consecuencia de lo que está mal, o porque son la misma cosa que está prohibida pero disfrazada para parezca diferente. La mente humana es muy engañosa; cuando una cosa está prohibida, no quiere hacerlo directamente, pero se pone a ver si puede llegar al fin prohibido de algún modo. Es como un hombre que tiene ir a algún lugar: primero intenta ir derecho, pero como encuentra bloqueado el camino, da vueltas



alrededor. Al principio no pensaríais que está yendo en la dirección correcta, se pone quizá en camino en el ángulo correcto, pero hace una pequeña curva, luego otra, hasta que al final llega a su objetivo. O se parece más aún a un barco a vela en el mar con viento en contra, que toma primero este rumbo y luego este otro, y los marineros se las ingenian para llegar finalmente a su destino. Esto es entonces un pecado sutil, cuando al comienzo parece no ser un pecado, pero da vueltas alrededor del mismo punto como un pecado abiertamente directo.

Por ejemplo, si el demonio tentó a alguno para ir a la carretera y robar, esto sería una tentación abierta y descarada. Pero si tentó a alguien para hacer algo injusto en el curso de los negocios, que daña al vecino por propia ventaja, sería una tentación más sutil. Tal hombre tomaría tranquilo lo que es del vecino, sin que su conciencia estuviese muy conmovida. Así, equivocarse en un pecado más sutil que la mentira directa. De modo parecido una persona que no se intoxica, puede comer demasiado. La glotonería es un pecado más sutil que emborracharse, porque no es tan manifiesta. Y los pecados del alma son más sutiles que los del cuerpo. La infidelidad es un pecado más sutil que el libertinaje.

Incluso en el caso de nuestro Señor bendito, el tentador comenzó por dirigirse a Sus necesidades corporales. Había ayunado durante cuarenta días y tuvo hambre. Entonces el diablo le tentó a comer. Pero cuando Él no consintió, continuó con tentaciones más sutiles. Le tentó al orgullo espiritual y a la ambición de poder. Muchos hombres a quienes les repugnaría la intemperancia, no verían el pecado de su deseo de poder o de estar orgullosos de sus talentos espirituales, es decir, confesarían que tales cosas están mal, pero no verían que son culpables de las mismas.

Observo también que una era civilizada está más expuesta a pecados sutiles que una ignorante. ¿Por qué? Por esta simple razón: porque es más fecunda en excusas y evasivas. Puede defender el error, y así cegar los ojos de aquellos que

no tienen conciencias muy cuidadosas. Puede hacer plausible el error, puede hacer que el vicio parezca virtud. Dignifica el pecado con nombres refinados; llama a la avaricia el cuidado apropiado de la propia familia, o industria; llama al orgullo independencia, a la ambición grandeza de mente, al resentimiento espíritu apropiado y sentido del honor, y así sucesivamente.

Tal es esta época, y por eso nuestra negación de sí debe ser muy diferente de lo que era necesario para una era ruda. A los bárbaros convertidos entonces, o a las multitudes guerreras, de espíritu feroz y poder robusto, nada mejor podía domarlos que el ayuno. Pero nosotros somos muy diferentes. Sea por el curso natural de los siglos o por nuestro modo de vivir, por la extensión de nuestras ciudades, u otras causas, nuestros poderes son débiles y no podemos soportar lo que hacían nuestros ancestros. Entonces, cuántos hay que, de todas formas, deben tener dispensa, sea porque su trabajo es un duro, o porque nunca tienen suficiente, y no pueden ser llamados a privarse en Cuaresma. Estas son razones para que la regla del ayuno no sea tan estricta como lo fue una vez. Y permitidme decir, que la regla que la Iglesia nos da ahora, aunque indulgente es también estricta. Pone a prueba al hombre. Una comida al día es una prueba para mucha gente, aunque en algunos días se permite comer carne. Es suficiente, con nuestras débiles contexturas, que sea una mortificación de la sensualidad. Sirve a ese fin para el cual fue instituido todo ayuno. Por otro lado, siendo tan ligera como es, mucho más que lo que fue en tiempos pasados, es una sugerencia para nosotros de que existen otros pecados y debilidades para mortificar en nosotros, además de la glotonería y la borrachera. Nos sugiere que, mientras nos esforzamos por ser puros en nuestros cuerpos, debemos estar en guardia para que no estemos impuros y pequemos en nuestros intelectos, afecciones y deseos.

Cuando la vieja y ruda era del mundo acababa de terminar, y una era llamada iluminación y civilización había comenzado – quiero decir en el siglo XVI – la Providencia de Dios Todopoderoso



*Jesús tentado por Satanás. Gustavo Doré.*

tan diferentes el uno del otro, fueron grandes maestros en sus propias personas de la gracia de la abstinencia y el ayuno. Su propio ascetismo personal era maravilloso, y estas dos grandes luces, aunque tan diferentes y tan mortificadas, estaban de acuerdo en esto: no imponer aflicciones corporales de gran alcance a sus discípulos, sino mortificación del espíritu, de la voluntad, de los afectos, de los gustos, de los juicios, de la razón. Estaban divinamente iluminados para ver que la era venidera, en el comienzo de la cual ellos estaban, requería más que ninguna otra cosa, no la mortificación del cuerpo (aunque la necesitaba, por supuesto) sino la mortificación de la razón y la voluntad.

Ahora, hermanos, llego finalmente a mi conclusión práctica. Lo que todos nosotros necesitamos más que cualquier otra cosa, lo que esta época requiere, es que su intelecto y

su voluntad deban estar bajo una ley. Al presente está sin ley, su voluntad es su propia ley, su razón el nivel de toda verdad. No se inclina ante la autoridad, no se somete a la ley de la fe. Es sabia es sus propios ojos y confía en sus propios recursos. Y vosotros, que vivís en el mundo, estáis en peligro de ser seducidos por él, de ser partícipes en su pecado, y entrar así al final en su castigo. Permitidme entonces como conclusión sugerir uno o dos puntos en los cuales podéis someter vuestras mentes con provecho, pues lo requieren aún más que vuestros cuerpos.

Por ejemplo, respecto a la curiosidad. Qué cantidad de tiempo, para no decir nada más, se pierde hoy por la curiosidad, acerca de cosas que no nos conciernen de ningún modo. No estoy hablando contra el interés en la noticias del día en su conjunto, pues el curso del mundo debe

hizo aparecer dos santos. Uno vino de Florencia y el otro de España, y se encontraron juntos en Roma. Eran distintos el uno al otro como dos hombres cualquiera pueden serlo, distintos en su historia, en su carácter, en sus institutos religiosos, que, en último término por la gracia de Dios que todo lo dirige, pudieron fundar y hacer prosperar. El español había sido soldado y su historia fue excitante. Había sido zarandeado por el mundo, y después de su conversión fundó una compañía de caballeros espirituales, como podrían llamarse, vinculados a una suerte de servicio militar a la Santa Sede. El florentino había sido un santo desde muchacho, sin cometer quizás nunca un pecado mortal, y permaneció como un santo hogareño. Durante sesenta años vivió en Roma y nunca la abandonó. San Felipe Neri es el florentino y San Ignacio de Loyola el español. Estos dos santos,

siempre interesar a un cristiano porque conciernen a la suerte de la Iglesia, sino que hablo de la vana curiosidad, del amor al escándalo, a los cuentos ociosos, a la curiosidad entrometida en la historia privada de la gente, a la curiosidad acerca de juicios y ofensas, y asuntos personales, y a menudo lo que es mucho pero que todo esto: la curiosidad en el pecado. ¡Qué extraña curiosidad enfermiza se siente algunas veces por la historia de asesinatos y de los mismos malhechores! Peor aún, y es horrible decirlo, es que hay tanta curiosidad maligna en saber acerca de hechos de las tinieblas, de los cuales el Apóstol dice que es vergonzoso hablar. Mucha personas, que no tienen intención de hacer lo mismo, por una mala curiosidad leen lo que no deberían leer. Este es de una forma u otra el pecado de los muchachos, y sufren por ello. En su caso, el conocimiento de lo que es malo es el primer paso para cometerlo. Este es el modo en que somos llamados a mortificarnos, en esta Cuaresma que ahora comienza. Mortifiquemos nuestra curiosidad.

El deseo de conocer es en sí mismo loable, pero puede ser excesivo, nos puede sacar de cosas más elevadas, puede tomarnos mucho tiempo —es una vanidad. El predicador del Eclesiastés hace la distinción entre aprender con provecho y sin él cuando dice: “Las palabras de los sabios son como agujones y clavos hincados”. Nos excitan y estimulan y se fijan en nuestra memoria. “Por lo demás, hijo mío, no busques otra lección. No tiene fin el componer muchos libros; y los muchos estudios” (es decir, estudiar materias seculares) “fatigan al cuerpo. Oídas todas estas cosas, se sigue como conclusión: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre” (Eccl 12, 11-13). El conocimiento está muy bien en su lugar, pero es como las flores sin fruto. No podemos alimentarnos con conocimiento, no podemos crecer con conocimiento. Así como las hojas del bosque son muy bellas pero serían una mala comida, así estaremos siempre hambrientos y nunca satisfechos si pensamos tener conocimiento para nuestra comida. El conocimiento no es comestible. La religión es nuestro único ali-

mento. Aquí, pues, hay otra mortificación. Mortificar nuestro deseo de conocer. No vayáis con exceso a buscar verdades que no son religiosas.

**Mortificad vuestra razón.** En orden a probarnos, Dios pone delante de vosotros cosas que son difíciles de creer. La fe de Santo Tomás fue probada; la vuestra también. Él dijo: “Señor mío, y Dios mío”. Vosotros decid así también. Someted vuestro orgulloso intelecto. Creed lo que no podéis ver, lo que no podéis comprender, lo que no podéis explicar, lo que no podéis probar, cuando Dios lo dice.

**Por último, someted vuestra voluntad.** A todos nos gusta nuestra propia voluntad; consultemos la de los otros. Numerosas personas están obligadas a hacerlo. Los sirvientes están obligados a hacer la voluntad de sus amos, los trabajadores la de sus empleadores, los niños la de sus padres, los esposos la de sus esposas. En estos casos, que vuestra voluntad armonice con la de aquellos que tienen derecho a mandarlos. No os rebeléis contra ella. Santificad lo que, después de todo, es un acto necesario. Haced que en cierto sentido sea propio, santificalo, gana mérito de ello. Y cuando seáis vuestro propio señor, estad en guardia contra obrar demasiado según vuestra opinión. Tened algún consejero sabio o director, y obedecedle. Hay personas que gritan contra semejante obediencia, y la llaman con un sinnúmero de malos nombres. Son las personas mismas que la necesitan. Les haría mucho bien. Dicen que los hombres llegan a ser meras máquinas, y pierden la dignidad de la naturaleza humana, al obrar según la palabra de otro. Me gustaría saber qué llegan a ser ellos al obrar según su propia voluntad. Apelo a cualquier persona cándida y pregunto si no confesaría que en general el mundo sería mucho más feliz, y que los individuos serían mucho más felices, si no siguieran su propia voluntad. Por una persona que ha sido dañada por seguir la dirección de otra, cientos han sido arruinadas por seguir su propia voluntad. Este es otro asunto. Pero es suficiente. Que Dios todopoderoso os bendiga, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, Amén. —

Catholic Sermons Unpublished, VI

Predicado en la Catedral de St. Chad, Birmingham, el 19 de marzo de 1848

# *El mundo y el pecado*

## Segundo domingo de Cuaresma

**E**n el pasaje del evangelio de San Mateo que se lee hoy (17, 1-8), tenemos un contraste muy señalado entre este mundo y el mundo invisible. Está tan claramente dibujado, y es tan impresionante, que nos puede ser provechoso, con la gracia de Dios, intentar explicarlo con más detalle.

Nuestro Señor pasaba a menudo la noche en oración, y, como después en esa triste noche antes de Su pasión llevó con Él tres apóstoles para que fueran testigos de Su oración en la agonía, así también, en tiempo antes, llevó los mismos tres favorecidos para que fueran testigos de Su oración en éxtasis y gloria. En una ocasión cayó con el rostro en tierra y oró fervorosamente hasta que quedó cubierto con un sudor de sangre que caía sobre la tierra fría. En la otra ocasión, cuando rezaba su rostro se hizo brillante y glorioso, y fue despegado de la tierra. Así permaneció en comunión con Su Padre, atendido por Moisés y Elías, hasta que una voz vino desde la nube y dijo: “Este es mi Hijo amado, escuchadlo”. La visión había sido tan hermosa, tan sobrecogedora, que san Pedro no pudo sino clamar, y no sabía lo que decía. No supo cómo expresar sus sentimientos interiores, ni comprendió en un momento todas las maravillas que le rodeaban. Pudo decir “Señor, qué bueno es que estemos aquí”. Palabras simples, pero cuánto contienen en sí mismas. Era bueno, era el bien del hombre, era el gran bien, era nuestro bien. No dijo

que la visión era sublime y maravillosa. No fue capaz de reflexionar sobre ella y describirla. No habló su razón, sino sus afectos. No dijo sino que era bueno estar allí. Y deseaba que ese gran bien continuara siempre para él. Dijo “Levantemos tres carpas, una para Ti, otra para Moisés, y otra para Elías”. Era todo tan bueno, que deseaba permanecer allí para siempre. Estaba poco dispuesto a que la visión llegara a su fin. No quería descender del monte, y volver a los que había dejado atrás.

Veamos lo que estaba sucediendo abajo, mientras ellos estaban arriba. Cuando llegaron hasta la multitud, se encontraron con que se estaba llevando a cabo una discusión entre el resto de los apóstoles y los escribas. El tema parece haber sido el pobre endemoniado, del cual se habla después. Un padre había traído a su hijo para que los apóstoles lo curaran. Era un maniático horrible, poseído por el demonio. Nadie podía sostenerlo. El espíritu se había llevado su voz y su oído. Era sordo y mudo, pero a veces se arrojaba al suelo, al agua o al fuego, le salía espuma por la boca, y después colapsaba. El demonio era demasiado para los apóstoles. No podían dominarlo, no podían echarlo fuera. Estaban reducidos a una suerte de desesperación, y esta era la ocasión, como parece, de su disputa con los escribas, que estarían mofándose de su fracaso. ¡Qué contraste para san Pedro entre aquello de donde venía y esto adonde llegaba! Había dejado



la paz, la quietud, la contemplación, la visión del cielo, y había venido al dolor, la pena, la confusión, la perplejidad, la decepción, y el debate.

Este contraste, como he dicho, entre el monte de la Transfiguración y la escena a sus pies, nos representa adecuadamente el contraste entre el mundo y la Iglesia, entre las cosas visibles y las invisibles.

No haré hincapié en los males meramente físicos de esta vida, aunque son suficientes para aterrarnos, las miserias de la enfermedad, el dolor, la carencia, el frío, el hambre, pero meditemos en los males morales que contiene. El pobre joven que fue llevado a Cristo para ser curado estaba poseído por el demonio, y ¡ay!, ¿no está una gran parte, la mayor parte de la humanidad, poseída también por el demonio? Se lo llama en la Escritura “el dios de este mundo” (2 Cor 4, 4), y “el Príncipe del imperio del aire, el espíritu que actúa ahora en los hijos de la desobediencia” (Ef, 2, 2). En el libro de Job leemos de su “recorrer la tierra y pasearse por ella” (2, 2), y san Pedro habla de nuestro “adversario, el Diablo, que ronda como león rugiente, buscando a quién devorar” (5, 8). De aquí que se lo encuentre por toda la tierra, y dentro de las almas de los hombres, no por cierto para hacer cualquier cosa que Dios no permita, pero aun así, Dios no interfiere y él posee un inmenso poder capaz de influenciar a millones y millones para su ruina. Y así como el pobre epiléptico del evangelio estaba bajo el dominio del espíritu maligno, de modo que sus ojos, sus oídos, su lengua, sus miembros, no eran suyos, así es que ese mismo espíritu miserable posee las almas de los pecadores, gobernándolos, impulsándolos aquí y allí, haciendo con ellos lo que quiere, no por cierto lo mismo con cada uno, pues a uno lo mueve de un modo, a otro de otro, pero a todos de la misma manera lastimosa, horrible e impía.

A la maldad se la llama a veces en la Escritura locura, y lo es. Así como la locura es el trastorno de la razón, el pecado es el trastorno del corazón, del espíritu, de la afectividad. Y así

como en la Escritura la locura es el desorden en el cual se muestra la posesión diabólica, así esta locura del corazón y del espíritu es el desorden que en todas las épocas produce el diablo en el alma. Y así como hay diferentes formas de locura que es trastorno de la razón, así también hay diferentes formas de esa locura peor que es el pecado. En un manicomio hay diferentes formas de desorden mental, y así también el mundo entero es un enorme manicomio, en el cual los enfermos, aunque bastante sagaces en los asuntos de este mundo, de un modo u otro están locos en los asuntos espirituales.

Por ejemplo, ¿qué es un borracho sino una suerte de loco? ¿Quién si no él está poseído y gobernado por un espíritu maligno? Se ha entregado al poder de Satanás y es su esclavo. No puede hacer lo que quisiera. A través de su propia culpa no puede hacer lo que quisiera. En lo que difiere de un loco real es que la culpa de éste no es estar loco, pero es por propia culpa del borracho ser esclavo del diablo. Se ha puesto bajo el poder del mal, lejos de la gracia, no puede decidirse a querer ser de otro modo, su voluntad está fijada en lo que es malo, y por eso es un mero esclavo. El espíritu inquieto del mal lo lleva a la fuerza hacia la guarida de la intemperancia. Él sabe que se está arruinando, cuerpo y alma, sabe la miseria que lleva a su familia, sabe que está acortando su vida, y maldice quizá su propia chifladura mientras persiste en ella. Desea no haber nacido. Ha contraído quizá una mala enfermedad como consecuencia, y el médico que lo atiende le dice que lo llevará a una muerte cierta si no se reforma. Lo sabe, pero su pecado es demasiado fuerte para él, y en su desesperación y agonía de mente quizá acepta algún pensamiento fatal, injurioso al honor y la gloria de Dios, como si estuviera predestinado a todo eso y no pudiera evitarlo. Dice, “Todo hombre está condenado a ser lo que es, no puede evitarlo, no es mi culpa, nunca pude ser de otro modo, nunca dependió de mí”. Miserable y falsísimo decir. ¿No es el decir de un loco? ¿No es la palabra de un poseído por el demonio? He aquí un ejemplo en el cual lo



*La transfiguración*, Rafael Sanzio, circa 1517-1520, Museos Vaticanos, Roma.

razón para las cosas espirituales. Un verdadero cristiano no puede escuchar el nombre de Cristo sin emoción, pero en este país hay multitudes, pobres y ricos, que están dedicados a nada más que ganar dinero, y no tienen ningún gusto por la religión. A veces, digo, son pobres, y entonces no desean meramente obtener el sustento para vivir, porque esto está bien, sino estar absorbidos con el pensamiento. La religión no les parece una cosa real, sino un nombre, y no les concierne más que lo que sucede en China o en la Patagonia. Les parece irrelevante, y sólo se asombran y fijan la vista en quienes la mencionan. Los ricos están absorbidos con el deseo de acrecentar su riqueza, y perseguir la riqueza bloquea los caminos de sus corazones, y no tienen tiempo tampoco, ni pensamiento, ni amor por las grandes cosas que tienen que ver con su paz. ¿Qué es todo esto sino otra posesión del demonio, aunque muy diferente de la anterior? Es como la melancolía depresiva. El poseso del evangelio no sólo gritaba y se rasguñaba,

demoníaco en el evangelio puede tomarse como tipo y emblema del estado del mundo.

Otros están poseídos por espíritus de una clase diferente. No son escandalosos, pero están doblegados hacia la tierra, y permanecen en una densa y tremenda cautividad. ¡Cuántos hay, por ejemplo, con corazones duros! ¿Y qué es la dureza de corazón sino una suerte de posesión del diablo? El borracho tiene a menudo momentos de sentimiento religioso, pero hay muchos hombres, que son quizá los que el mundo llama morales y de buenas condiciones, que parecen no tener co-

sino que en otros momentos se veía como seco y encogido, lo cual parece significar una suerte de colapso. ¿Qué es este amor al mundo, que vemos tanto en ricos como en pobres, sino una suerte de sequedad o colapso del alma? ¿Qué es, pues, tan parecido a una posesión satánica? ¿Puede haber algún estado más temible que el de un ser inmortal, que ha de vivir para siempre, intentando vivir de un alimento mortal, sin tener ningún apetito por ese alimento inmortal que es el único verdaderamente nutritivo? ¿Cuál será vuestra comida, hermanos míos, cuando entréis en el mundo venidero? ¿Estará allí presente este alimento mortal

*Jesus cura al endemoniado, Gustavo Doré.*

que coméis ahora? ¿De qué se alimentan vuestras almas entonces? ¿En qué se ocupan? Mejor aún, ¿qué es lo que las posee? Si un alma continúa satisfecha, ahora que es esclava del Maligno, y deja que éste se hospede en su pecho, ¿cómo hará para desalojarlo? ¿No será esa alma arrastrada necesaria e inevitablemente al infierno por ese espíritu maligno, inmediatamente al llegar la muerte?

Podría continuar sobre este tema si fuera necesario. Acostumbraos a la idea, hermanos míos, y es una idea terrible, de que el estado de pecado es una posesión demoníaca. Considerad cómo se habla en la Escritura de semejante posesión del cuerpo. Considerad cómo el demonio atormentaba al pobre cuerpo sufriente, que le fue permitido poseer. Considerad después lo que podemos ver tan a menudo ahora, qué locura afflictiva y temible es. Entonces, cuando hayáis considerado estas dos cosas, y tengáis una clara idea, pensad que el pecado es una posesión semejante del corazón y del espíritu. No es que el cuerpo sea afligido como en el caso del poseso. No es que la razón sea afligida como en el caso de un demente. Es que el espíritu, el corazón, los afectos, la conciencia, la voluntad, están en poder del espíritu maligno, que las sacude a su placer. ¡Qué espantoso es esto!

Cuando san Pedro, Santiago y san Juan bajaron del Monte y vieron al miserable joven atormentado por un espíritu maligno, vieron en él una figura y emblema de aquel mundo de pecadores, al cual serían enviados a predicar al debido tiempo. Pero esto no es todo. Encontraron a sus hermanos discutiendo con los escribas, o al menos a los escribas que los cuestionaban. He aquí otra circunstancia en la cual la escena



que vieron refleja el mundo. El mundo está lleno de discusiones y debates, y no sin razón, porque cuando el corazón está mal la razón también está mal, y cuando los hombres se corrompen y llevan mala vida no ven la verdad, pero tienen que buscarla por todas partes, y esto crea una gran confusión. Por ejemplo, suponed que una súbita oscuridad cayera sobre las calles de una ciudad poblada en pleno día, y podréis imaginar sin necesidad de que os lo diga el ruido y clamor que habría, gente de a pies, carruajes, carretas, caballos, todos mezclados. Tal es el estado de este mundo. El espíritu maligno, que trabaja en los hijos de la desobediencia, el dios de este mundo como dice san Pablo, ha cegado sus ojos para que no crean, y por eso están obligados a reñir y debatir, porque han perdido su camino, y se pelean con los otros, y uno dice esto y otro

aquello, porque no ven. Cuando los hombres no ven, comienzan a *razonar*. Cuando lo hombres no ven, comienzan a hablar en voz alta. Cuando los hombres no ven, comienzan a disputar. Mirad en derredor, hermanos míos, ¿no es así? ¿No se os ofrecen de todos lados teorías innumerables y argumentos interminables? Uno dice la verdad está aquí, otro allí. ¡Ay, ay, cuántas religiones hay en este grande pero desgraciado país! Aquí tenéis a los escribas discutiendo entre sí. Las religiones no terminan de aparecer, hay siempre nuevas continuamente. Pero si una es verdadera la otra es falsa, si la nueva es verdadera la vieja es falsa, y si la vieja es verdadera la nueva es falsa. No pueden ser todas verdaderas. ¿Pueden serlo una docena, o seis, o dos? ¿Puede ser verdad más de *una*? ¿Y cuál es esa única? Gracias a Dios, hermanos míos, sabemos cuál es: es la verdadera religión que ha sido la misma desde el comienzo. Pero por todos lados hay discusiones, dudas, y disputas, incertidumbre y cambio.

Ahora mencionaré otro aspecto en el cual la escena ante los tres Apóstoles que bajaban del Monte reflejaba el mundo, y es aún más miserable. Observaréis que sus hermanos no pudieron expulsar al espíritu maligno. Así es ahora. Hay una inmensa carga de mal en el mundo. Nosotros los católicos, y especialmente los sacerdotes católicos, tenemos la responsabilidad de resistirla, de vencer al diablo; pero no podemos hacer lo que quisiéramos, no podemos triunfar sobre el gigante, no podemos atar al hombre fuerte. Hacemos sólo una parte del trabajo, no todo. Es una batalla que sigue adelante entre el bien y el mal, y aunque hacemos algo con la gracia de Dios, no podemos hacer más. Existe una confusión de las gentes y la perplejidad. Es la voluntad de Dios que así ocurra para mostrar Su poder. Él solo puede curar el alma, Él solo puede expulsar al demonio. Y por eso nosotros debemos aguardar mucho, hasta que Él baje desde Su trono en lo alto, Su trono de gloria, para ayudarnos y liberarnos.

En ese día entraremos, si somos dignos, en la plenitud de esa gloria, de la cual los tres Após-

toles tuvieron un anticipo en el momento de la Transfiguración. Todo es oscuridad aquí, todo es esplendor en el cielo. Todo es desorden aquí, todo es orden allí. Todo es ruido aquí, todo es calma allí, o si se escuchan sonidos son los dulces sonidos de las arpas eternas con las que se cantan las alabanzas a Dios. Aquí estamos en un estado de incertidumbre: no sabemos qué es lo que va a pasar. La Iglesia sufre, su hermosa dote y herencia elegida sufre, la viña está devastada, hay persecución y guerra, y Satanás se enfurece y aflige cuando no puede destruir. Pero todo esto será rectificado en el mundo venidero, y si san Pedro pudo decir en el Transfiguración “es bueno estar aquí”, mucho más causa tendremos para decirlo cuando veamos el rostro de Dio. Porque entonces seremos semejantes a nuestro mismo Señor, tendremos glorificados nuestros cuerpos, como tenía Él entonces y lo tiene ahora. Nos habremos despojado de la carne y de la sangre, y recibiremos nuestros cuerpos en el último día, ciertamente los mismos, pero incorruptibles, cuerpos espirituales, que nos harán capaces de ver y gozar de la presencia de Dios de un modo que estaba más allá de los tres Apóstoles en los días de su vida mortal. Entonces el envidioso espíritu maligno será expulsado, y no tendremos nada que temer, nada que nos dé perplejidad, porque el Señor Dios nos iluminará y nos rodeará, y estaremos en perfecta seguridad y paz. Entonces miraremos hacia atrás a este mundo, y las pruebas y tentaciones pasadas, y qué agradecimiento y gozo no surgirá dentro nuestro; y miraremos hacia adelante, y el único pensamiento será que esa bienaventuranza habrá de durar para siempre. Nuestra seguridad no tiene límites. No es que se nos prometan cien años de paz, o mil, sino que para siempre estaremos como estamos, pues nuestra felicidad y nuestra paz se encontrará en la infinita beatitud y paz de Dios, y así como Él es eterno y feliz, así también lo seremos nosotros.

Que esta sea vuestra herencia, hermanos míos, y en orden a esa futura bienaventuranza, que descienda sobre vosotros la bendición de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Amén.●—



# John Henry Newman, un anti-Lutero para el siglo XXI

Comentario a un artículo de Jean Guitton

**FERNANDO MARÍA CAVALLER**

**E**l año 1990 fue, como recordamos los amigos de Newman, un momento histórico particular, pues se celebró el centenario de la muerte de Newman. Hubo congresos, en Roma y en otras partes del mundo, artículos, conferencias, y celebraciones litúrgicas. Un autor de gran prestigio como Jean Guitton también hizo su contribución al evento. Es interesante releer y comentar el artículo que salió publicado en italiano con el título “John Henry Newman: un anti-Lutero para el siglo XXI”. Interesante porque este año se cumplen 500 años de la confesión de Ausburgo, como se conoce la publicación de las 95 tesis de Martín Lutero el 31 de octubre de 1517, con la que se inició la reforma protestante, tesis que el Concilio de Trento rechazaría como contrarias a la fe.

El artículo de Guitton, aparecido en la revista “30 Giorni” de octubre de 1990 y traducido del italiano por Mons. Daniel Estivill, a quien agradezco personalmente, comienza con varias referencias personales para mostrar cuánto le debe al pensamiento de Newman.

*“He tenido dos maestros y dos modelos: san Agustín y Newman. Los he estudiado durante toda mi juventud, confrontándolos entre sí. Según mi opinión, san Agustín inspiró todo el medioevo cristiano. Y creo que Newman inspirará este nuevo medioevo cristiano que comenzará en el siglo XXI.*

*Descubrí a Newman a los quince años, en 1915. Fue mi madre a quien le debo mucho haber sembrado en mi corazón el amor por Newman. Muchos años después fui llamado por el papa Juan XXIII para asistir como laico al Concilio Ecuménico Vaticano II; luego entablé una amistad con Pablo VI, que duró treinta años. Frecuentemente discutimos juntos sobre los grandes Concilios ecuménicos que jalonaron la historia de la Iglesia. Pablo VI me hizo ver varias veces que cada gran Concilio ecuménico había tenido un inspirador cristiano de primera clase, un genio teológico. El Concilio de Nicea fue inspirado por san Atanasio, a él se debe la definición de la divinidad de Cristo. El Concilio de Trento fue “guiado” por santo Tomás. En cuanto al Vaticano II, Pablo VI fue el profeta. Él decía que cuando este Concilio sea estudiado, se descubrirá que su inspirador indirecto, secreto pero profundo, fue el cardenal Newman. Esta idea de Pablo VI no abandonó jamás mi espíritu.*

*El cardenal Newman fue mi maestro, mi modelo y mi estrella. Él inspiró toda mi existencia según las palabras de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».*”

Guitton seguirá el orden que inspiran estas palabras de Jesús para expresa la influencia que Newman tuvo en su propia vida.

*“Para mí Newman fue un camino en cuan-*





Jean Guittou  
(1901-1999)

*to representaba el modelo del convertido. Su primera conversión se remonta a 1816. Tenía entonces quince años y de repente descubrió la presencia de Dios como único interlocutor. Newman se sintió interpelado por Dios. Escribía en sus memorias: «Tomé conciencia, percibí la existencia de dos seres únicos, ambos supremos, los cuales me hablaban con evidencia sorprendente». Estos dos seres eran «myself and my creator». Es de algún modo la experiencia de los grandes filósofos y de los grandes místicos: todo cesa de existir excepto dos seres: Dios y yo. Durante toda la vida Newman tuvo la convicción de que no se puede ser católico sin esta experiencia de Dios. Dios es único y uno se encuentra solo delante de Él y Él está solo delante de nosotros.*

*“La segunda conversión de Newman es famosa en la historia. Newman había crecido en una Iglesia anglicana. Como la mayor parte de las Iglesias al final del siglo XVII, la Iglesia anglicana estaba muy ligada a la política y a la monarquía inglesa. Los sacerdotes eran funcio-*

*narios más que apóstoles. Newman en cambio tenía una vocación mística. Había entrado en la Iglesia anglicana como diácono y había emitido los votos del celibato. Fue el origen y el leader del “Movimiento de Oxford”, que trató de despertar el espíritu de los primeros apóstoles en la Iglesia anglicana adormecida. Pensaba que la Iglesia anglicana era una Iglesia perfecta; veía en ella una vía intermedia entre dos errores: el error protestante, que constituía un excesivo liberalismo en relación a la fe, y el error del catolicismo romano, que era una especie de superstición, ligada al feudo de Pedro en Roma. Entre estos dos errores existía esta Iglesia perfecta, estable y equilibrada que era la Iglesia anglicana, la Iglesia de su país y de su lengua. Por lo tanto, Newman era leader de una Iglesia que él quería reconducir a su perfección evangélica y patrística. En 1845, Newman abandona esta Iglesia anglicana para convertirse a la Iglesia católica romana que había considerado hasta ese momento como una Iglesia supersticiosa, papista y, en consecuencia, fuera del cami-*

no de la salvación. Su conversión fue un evento catastrófico o metastrófico extraordinario en la historia de la Iglesia romana del siglo XIX. A los cuarenta y cinco años Newman se convirtió a la Iglesia católica romana sin conocerla. Se convirtió, dijo, para salvar su alma. La última frase de la obra en la cual Newman cuenta su conversión es la siguiente: «time is short, eternity is long» [el tiempo es breve, la eternidad larga] y, dado que deseo vivir eternamente tiendo hacia Roma y me uno a Roma. Desde 1845 a 1879, en la Iglesia romana conoce sólo fastidios porque el pontificado del papa Pío IX lo considera un hombre muy peligroso por sus ideas. En Roma, en efecto, es visto con sospecha. Contemporáneamente, en Inglaterra sufre un ataque después de otro en todas las actividades que trata de llevar adelante, en particular en la dirección de un periódico y en la dirección de la Universidad de Dublín. Visto con sospechas en la Iglesia católica, soporta esta fastidiosa prueba hasta el día en que el papa León XIII, al comienzo del pontificado, el 12 de mayo de 1879, lo nombra cardenal, indicando así cuál será el espíritu del nuevo pontificado y el futuro camino de la Iglesia. Hasta su muerte, es honrado por todas las autoridades inglesas y romanas. Muere con más de ochenta años, en una especie de apoteosis. Sobre su tumba hace escribir el siguiente lema que resume toda su vida: «*Ex umbris et imaginibus ad veritatem*».

Veamos primero lo que dice Guitton respecto de la “vida”, para reunir hacia el final todo lo que tiene que ver con la “verdad”. Vitales considera en especial a los sermones de Newman, donde ve reflejada su vida interior y conocimiento del alma humana.

“Después del camino y la verdad, Newman fue para mí un gran maestro de lo que se llama la vida interior, dado que naturalmente la base de la religión es la interioridad. Cuantos más progresos se hacen en la vida interior, en el alma y en el secreto misterioso de cada conciencia, tanto más uno se acerca al cristianismo y al

catolicismo considerados en su esencia. Célebres pensadores hicieron progresar la religión en el sentido de la vida interior: el evangelio de san Juan, toda la obra de san Agustín, la obra de Pascal, la obra de pensadores no católicos pero de la interioridad como Kierkegaard...

Todos los sermones de Newman fueron publicados. Personalmente estos textos me comunicaron un secreto de vida interior que trataré de comunicar. Conocía muchos otros sermones pronunciados por grandes autores eclesiásticos como, por ejemplo, Bossuet, Fenelon, y otros. Pero estos sermones leídos en la juventud me aparecían como propedéuticos. Me parecía que trataban temas muy generales como la muerte, la vida, la conversión cristiana, pero, me atrevería a decir, en modo retórico. No estaban en consonancia profunda con mi vida interior. Newman me permitió colmar la distancia entre mi vida secreta, misteriosa, profunda, singular y el arte de la oratoria de estos textos. Por ejemplo, en un sermón de Newman sobre la memoria, él explica cómo a través del ejercicio del recuerdo nos acercamos a nuestra infancia. De este modo, nos acercamos a Dios, porque nuestra infancia es siempre anuncio profético del tiempo de la madurez y del tiempo de la vejez. A tal punto que el ejercicio de la memoria es un ejercicio de contemplación. Cada hombre que ejercita la memoria se acerca a los secretos profundos de la historia de la salvación. En consecuencia, el recuerdo es casi un sacramento. Newman desarrolla esta idea, y así me hizo amar la obra de un hombre que ha encuadrado toda su vida según Newman sin ser para nada un creyente: Marcel Proust. En Francia, fue el gran revelador del tiempo que define perdido, del pasaje en cuanto el tiempo perdido de este pasado es el anuncio del tiempo eterno.”

Pero el núcleo del artículo llega cuando Guitton hace un análisis filosófico profundo del pensamiento de Newman en relación a la “verdad”, en el marco de las ideas del siglo XIX, herederas del siglo anterior, y señala el gran logro

que significó establecer el principio del desarrollo doctrinal.

*“El fundamento del gozo de Newman está en ser absolutamente fiel a aquello que considera como verdadero. Este enunciado es para mí esencial, dado que en él se resume toda mi vida intelectual. Ahora consideremos a Newman en cuanto “verdad”. El siglo XIX fue un gran siglo durante el cual los filósofos descubrieron el problema de la evolución. También los filósofos griegos se habían ocupado del problema de la evolución; llamaban a la evolución “devenir”. En el siglo XIX, este punto asumirá una notable importancia en la filosofía de Hegel, de Sartre y en todo el pensamiento contemporáneo, en todos los continentes. Pero este problema del devenir pone el problema del ser. Si todo cambia continuamente, como decía entre los griegos Heráclito, ¿qué sucede con aquello que no debe cambiar, o sea el ser? ¿En qué modo la idea del devenir, la idea de la evolución –idea-madre de los pensadores cristianos y europeos– podrá conciliarse con la idea católica de Jesús que ha proclamado la verdad inmutable en su esencia? En matemática no hay devenir porque los objetos estudiados son eternos. Tampoco la religión, en cuanto revelación de los secretos de Dios, conoce el devenir. En pocas palabras, existe una oposición fundamental entre el ser y el devenir. Esta oposición es el drama que crucifica nuestra época. En 1990 como en 1850. A propósito de este problema siempre pensé que Newman era un maestro incomparable. Él me enseñó a resolver el problema del devenir, es decir el problema de la persistencia del ser a través del devenir, el problema de la complementariedad del ser y del devenir. Para Newman existen dos tipos de mutaciones: los cambios de abolición, de transformación total. Son cambios durante los cuales las grandes civilizaciones, por ejemplo la siria, la egipcia, la griega, la romana, tuvieron su momento de esplendor para luego decaer en la nada. Junto a estos cambios que modifican el ser y que son corrupciones, existen cambios que, al con-*

*trario, constituyen progresos. Cambios que demuestran que el ser no se opone al devenir. Este tipo de mutaciones es definido por Newman como “desarrollo”. El desarrollo para Newman consiste en el persistir del ser en medio a los cambios. Es la idea según la cual cuanto más verdadera es una doctrina más cambia a través del tiempo; ella cambia a través del tiempo para permanecer idéntica a sí misma.*

*La idea de Newman, el conciliar el ser con el devenir, se encuentra realizada solamente en este eje de la historia que se llama Iglesia católica romana desde hace dos mil años. Por esta razón él se convirtió. Ciertamente se convirtió también por una razón mística frente a las faltas del clero anglicano, pero se convirtió sobre todo por una idea filosófica y teológica profunda, sobre la esencia misma de la verdad”.*

En este marco de referencia teológico e histórico, Guitton presenta a Newman en relación a Lutero, con la aguda percepción de ver dos caminos contrarios.

*“En 1990 Newman me parece como el padre de la Iglesia futura. Comparo continuamente Newman con Lutero. Un Lutero que nosotros, los católicos, estamos descubriendo mejor en este momento a través de los diálogos ecuménicos con nuestros hermanos luteranos y protestantes. ¿En qué consistió la obra de Lutero en la historia universal y en la historia del cristianismo? Abrió nuevos tiempos, tiempos dolorosos para la Iglesia. Hirió la unidad. Ante fenómenos muy tristes de la Iglesia de su época, como por ejemplo la venta de las indulgencias, Lutero quiso hacer volver la Iglesia al Evangelio. Para él la Iglesia no es la verdad, sino que el Evangelio es la verdad. En consecuencia, para salvar a la Iglesia y para que sea lo que Jesús ha querido, hay que hacer coincidir la Iglesia con el Evangelio. Por ello Lutero repudió el sacrificio de la Misa. Lo veía como muy diverso de la cena que la había originado. Hizo volver, si así se puede decir, la misa a la cena. He aquí, entre*

*otras cosas, la obra de Lutero. Y en gran parte, ha tenido éxito, dado que el número de sus fieles en Europa y en América es muy grande.*

Desde mi punto de vista, Newman es el anti-Lutero. Su pensamiento sigue el camino inverso de Lutero. ¿Qué hizo Lutero? Recondujo la Iglesia al Evangelio. ¿Qué hizo Newman? Vio en el Evangelio la Iglesia”

En efecto, el principio luterano de la “sola Escritura” como única fuente de la revelación divina y guía única de la vida de la Iglesia, fue rechazado por Newman, y así lo hacía la gran tradición anglicana que él representaba antes de su conversión. Varios de sus escritos presentan esta crítica esencial, afirmando la realidad de la Tradición viva de la Iglesia, que es la autora, la receptora y la intérprete de la Escritura. Había sectores del anglicanismo protestantizados, como el evangelismo al que Newman perteneció en su primera juventud que, como él dice, significaban para Inglaterra la “religión de la Biblia”, además de reducir los sacramentos y cuestiones en materia de fe. Pero abandonó progresivamente este ámbito hasta ingresar en la Iglesia Alta, y desde allí intentó renovar el anglicanismo con el Movimiento de Oxford, apelando a la antigüedad de la Iglesia primitiva de los Santos Padres. Parte de ese intento fue postular la teoría que llamó “*Via Media*”, esto es, la Iglesia anglicana como verdadero camino ni protestante ni romano. Leyendo los escritos que contienen esta teología, se descubre que estaba totalmente en contra del protestantismo por considerarlo directamente heterodoxo en cuestiones de fe. En cuanto al catolicismo romano la crítica era otra: además de la crítica al papado, pensaba que había agregado cosas en materia de fe y devociones. El rechazo del protestantismo lo conservó, mientras el rechazo a Roma lo resolvió. El principio del desarrollo que él mismo postuló le ayudó a reco-

nocer que no había ruptura o corrupción en la fe y prácticas devocionales de los católicos, sino un verdadero desarrollo doctrinal. Era una realidad vital que tampoco podía exhibir el anglicanismo, y la *Via Media*, como él dice, no era sino “una teoría en el papel... la verdad estaba en uno de los extremos”. De modo que la conversión de Newman fue y es suficiente para indicar su pensamiento acerca de Lutero, como anglicano primero y como católico después.

Para concluir, Guitton reflexiona sobre esta conversión singular, en el marco de la historia de la Iglesia universal, con un testimonio impresionante y conmovedor, que tiene vigencia hoy.

*“¿A qué conversión puedo atribuir el “primer premio”, a la de san Agustín o a la de Newman? A lo largo de mi vida no he cesado de compararlas y me atrevo a decir que es Newman quien merece el “primer premio”. La conversión de san Agustín fue sí una conversión del pensamiento, dado que era maniqueo, pero fue sobre todo una conversión de costumbres. Newman, por su parte, no debió jamás lamentarse de su pasado, no tuvo jamás problemas interiores. ¿Por qué, destruyendo su carrera, entró en una Iglesia que había mirado con sospecha durante casi cincuenta años? Pensaba simplemente que la Iglesia, bajo formas muy imperfectas, poseía la verdad. Por eso la conversión de Newman tiene una dimensión tan profunda.*

André Malraux escribió: «La humanidad del siglo XXI será católica o no será». Este será el drama del dos mil. La humanidad caerá en una especie de sueño o redescubrirá el cristianismo purificado, desarrollado, rejuvenecido y grandioso. Ese cristianismo que siempre soñó Newman. He aquí porqué estoy convencido de que la obra de Newman es una obra profética”. ●—

Cartas de 1852.

# *Newman entre una acusación malévola, llevado a juicio, y su importante concepción de una universidad católica*

TRADUCCIÓN Y PRESENTACIÓN DE **INÉS DE CASSAGNE**

Tras su paso a la Iglesia Católica en 1845, y casi dos años en Roma hasta ser ordenado sacerdote, Newman obtiene el permiso de fundar en Inglaterra una congregación sacerdotal según el modelo del Oratorio de San Felipe Neri.

En 1852, a los 51 años, vemos a Newman ya instalando su Oratorio en Birmingham en su emplazamiento definitivo de Edgbaston, con todo el esfuerzo que ello significa; al mismo tiempo enfrenta un injusto y malévolo proceso por difamación en Londres (el caso Achilli) y a la vez prepara los discursos para la fundación de la Universidad Católica en Dublín, Irlanda –a la cual se traslada cada vez que le toca.

Es necesario recordar que los católicos, por ese entonces, hacía poco que habían logrado obtener –después de 3 siglos- la “libertad de culto”, es decir, poder tener iglesias y sacerdotes a la vista, gobernados todos por la reciente restauración de la jerarquía episcopal con Wiseman a la cabeza. Sin embargo, seguían siendo mal vistos por la sociedad anglicana. Y un anglicano converso de tanta fama como Newman resultaba un tanto incómodo.

Por otra parte, los católicos no podían obtener “títulos” universitarios, por más que hubiesen cursado, pues para el título se exigía a todos que hiciesen la profesión de fe anglicana. Para remediar esta situación, se pensó fundar una universidad católica en Irlanda. ¿Quién más adecuado que Newman, dada su experiencia en Oxford cuando era anglicano, para proyectarla y presidirla ahora que era católico?

Pero todo esto le dio grandes dolores de cabeza.

Las cartas testimonian su capacidad y compromiso de trabajo, sus angustias y dudas, y su confianza en la oración (en especial ante el Santísimo Sacramento) y su sumisión a la voluntad de Dios en todo.



Oratory Edgbaston, Birmingham,

Mayo 27, 1852

*Mi querido Dr Newsham*

*No le escribí sobre el asunto Achilli pues no tenía nada que decir hasta ahora, en que se fijó la fecha: 23 de junio. Nuestros oponentes están haciendo todo lo posible para sobornar e intimidar a los testigos, y para presionar a la opinión pública, y hay que prepararse a la más inescrupulosa conducta de su parte.*

*Sería una gran ayuda si Ud consigue poner a rezar a varios conventos, y lo que más desearía es que el día del juicio oren con exposición del Santísimo Sacramento.*

*Estoy en plena preparación de mis conferencias en Irlanda, que me ponen a prueba más que nunca, en cuanto a conseguir expresar mi pensamiento. Me están dañando la salud. Ruegue por mí,*

*Suyo en Cristo,*

John Henry Newman del Oratorio

Vuelve a Birmingham para la ordenación de diáconos de su Oratorio y, enseguida vuelve a Dublin: le confía a **H.E.Manning** cómo pudo moverse entre extremos tan dispares, con la ayuda de Dios.

16 Harcourt Street Junio 8/52

*Mi querido Manning,*

*[...] Deseo poder conversar con Ud sobre Irlanda. [...] Aquí mis conferencias van prosperando más allá de mis expectativas, o, mejor dicho, más allá de mis grandes penas y ansiosos esfuerzos –porque me han costado una ansiedad y un trabajo increíbles, y esperanza ninguna. En fin, mi buen Señor no me ha abandonado nunca, no me ha fallado jamás en toda mi vida – y ahora tampoco. Notable: mi imaginación se vio libre tanto de esperanza como de miedo por el “evento” (Achilli), mientras mi mente entera estaba puesta en mi trabajo, en verdad aplastante.*

*Con el afecto de siempre, en Cristo,*

John Henry Newman del Oratorio

En una instancia desfavorable del juicio, ayuda a los suyos a no desanimarse, poniendo su confianza en el plano sobrenatural y no el mundano. Un ejemplo:

Edgbaston, Birmingham, Junio 25/52

*Mi querido Padre superior,*

*Me importa decirles a ustedes que ninguno se sienta dolido. Derrotados estamos si nos sentimos derrotados. Por cierto que estamos derrotados si nos ponemos en el punto de vista mundano –pero debemos recordar firmemente que nosotros estamos por encima del mundo, por encima de la ley humana, por encima de los sentimientos de la sociedad –y por lo tanto debemos cultivar una ligereza de corazón y una elasticidad de sentimiento que, al mantenerse fundadas en la fe, ve a los demás como meros buenos espíritus, por no decir malos que sería demasía.*

*¡Listos estamos si nos sentimos derrotados! No debemos sentir indignación contra el Juez ni el Jurado, ni otra cosa –pues ellos actúan según su naturaleza –y cumplen según la voluntad de Dios. ¡Pobres sombras, qué son sino eso para nosotros! Debes hacer meditar a tus Hermanos en la nada del mundo (siempre que no lo hagas demasiado intelectual al tema).*

[...] Con el afecto de siempre, en María y Felipe, J.H.N.

Una carta referida a una de las instancias del juicio:

Edgbaston Bm. Junio 27

*Mi querido Allies,*

*Gracias por su muy afectuosa carta y todos sus buenos augurios. Ansiedad, incertidumbre, preocupación, todo eso duele pero no duele. En los dos últimos días del Juicio padecí, pero este sufrimiento no fue nada en comparación con el de antes, y me reprocho no habérmelas pasado más tiempo aun rezando.<sup>1</sup>*

*Todo ha de salir bien, y si este bien se consigue con algunas aflicciones de mi parte, me alegro.*

*Tu siempre afectuoso,*

John H Newman del Oratorio

<sup>1</sup> Durante el Juicio Newman se la pasó rezando en la tribuna (ver su "Diario del 21 de Junio) –

Un aspecto de las aflicciones del juicio –que al fin salió bien –era la preocupación por los gastos que le ocasionaba –sobre todo el traer testigos. En las cartas pide y agradece a diversas personas que han colaborado con dinero. No sólo en Inglaterra, hasta el papa Pío IX. También en Francia recogieron una suma importante. Al agradecerles (en francés), empieza subrayando una notable coincidencia: el haber sido recibido él, Newman, en la Iglesia Católica, el mismo día, 9 de octubre, en que Francia celebra al patrono principal de París, su primer apóstol, obispo y mártir San Denis (Dionisio), en el siglo III.

Birmingham,

Fiesta de San Denis [9 de octubre] 1852

*Mi querido Monsieur Gondon,*

*Hoy hace siete años que fui recibido en la Iglesia católica, y en este aniversario le ruego que sea usted personalmente el órgano de mis sentimientos muy vivos y respetuosos ante los católicos de Francia, sus señores Obispos, sus celosos sacerdotes y tantas personas distinguidas o de rango muy humilde, por los dones generosos que unos y otros me han enviado con motivo de los gastos inesperados que pesan sobre mí.*

*No puedo llamar desgracia a estas cargas cuando ellas me han valido el honor de haber atraído la simpatía y la generosidad de un pueblo católico.*

*La manifestación que mis desgracias han causado, constituye una prueba de generosidad del más devoto, activo y afectuoso de los pueblos católicos. Sorprendido, indigno de verme objeto de tales testimonios de simpatía, no puedo menos que pensar sin presunción que el mismo glorioso San Dionisio, que presidió mi recepción en el seno del catolicismo, es quien ahora, por segunda vez, me ha presentado y recomendado a la delicada caridad de la gran nación de la cual él fue primer apóstol.*

*Reiterando mi homenaje a los Señores Cardenales, Obispos y demás generosas personas, a quienes tanto les debo, le ruego aceptar mi más sentido agradecimiento a usted y a sus colaboradores de l'”Univers”<sup>2</sup>.*

*Su sincero amigo y servidor en Cristo,*

John H. Newman

Más todavía se hubiera admirado Newman de una tercera coincidencia: que la misma fecha, 9 de octubre, conmemoración del santo patrono de París, haya sido elegida por el papa Benedicto XVI, al beatificarlo en el año 2010, para conmemorar al Beato Newman.●—

2    Publicación católica en París.



# Newman y el monacato

**E**n 1841, cuatro años antes de su conversión, Newman dejó Oxford y se retiró a Littlemore. En el siglo XII había habido en Littlemore un monasterio benedictino femenino. El dato puede parecer casual, pero ayuda a enfocar una cuestión esencial para Newman: la historia de Inglaterra, Gales y Escocia, y, por supuesto, Irlanda, había sido hasta el siglo XVI una “historia monástica”. Desde Irlanda san Columba llevó la fe a Escocia y al norte de Inglaterra, y cuando murió, en 597, san Agustín, enviado por el papa Gregorio Magno, entra desde el sur, estableciéndose en Canterbury. En el siglo VII estas islas eran un territorio cristiano gracias a la presencia monacal. Después de la devastación danesa, el monaquismo renació en el siglo X, y cuando llega Guillermo el Conquistador en 1066 había 44 monasterios benedictinos, que llegarán hasta 225 en el siglo XIII. En cuanto a los cistercienses, llegaron en 1128, y se instalaron sobre todo en el norte de Inglaterra y en Gales, y treinta años después ya habían fundado 50 monasterios. Tuvieron grandes extensiones de tierra, granjas, cultivos y ganado ovino, y la producción y exportación de lana contribuyó enormemente a la prosperidad económica de Inglaterra en la Edad Media. Así eran las abadías más importantes, Tintern en Gales, y Fountain y Rievaulx en York, con 150 monjes y 500 hermanos. En la época de Enrique VIII había 80 abadías cistercienses de monjes y 29 de monjas, y el total de casas monásticas de todas las órdenes residentes era de 800. El rey las disolvió en 1539 por un Acta del Parlamento, ingresando sus bienes a las arcas de la corona, o vendiéndolos a nobles y hombres pudientes. Quedaron 5.000 mon-

jes, 2.000 canónigos regulares y 2.000 monjas en la calle. Cientos de abadías, prioratos y conventos terminaron convertidos en ruinas, que hoy se pueden visitar en una suerte de peregrinación (penitencial). También en Oxford, los *Colleges*, que eran casas monásticas y conventuales desde la Edad Media, pasaron a la corona, bajo el nuevo régimen de la Iglesia Anglicana, que nacía entonces.

Newman vivía, pues, en un clima eclesial de larga tradición antimonástica. Sin embargo, no compartía esta visión desde hacía tiempo, por su amor a los Padres de la Iglesia, que leía, estudiaba, y difundía desde los primeros años de su sacerdocio, y a esa Iglesia antigua donde encontró la primera tradición monástica que había cristianizado a Inglaterra. Ya había escrito sobre el monacato, en la semblanza de San Benito, diciendo que *su objeto era la quietud y la paz; su estado el retiro; su ocupación un trabajo simple,... la oración, el estudio, la transcripción, la labor manual y otras ocupaciones consoladoras nada excitantes... la summa quies, la más perfecta quietud*.<sup>1</sup> Y dice en la *Apología*: *En el verano de 1841 me encontraba en Littlemore tranquilo y sin preocupación alguna. Había decidido dejar de lado toda controversia y me dediqué a mi traducción de san Atanasio*. La imagen lo dice todo.

En aquel retiro buscó refugio y consejo en san Atanasio, el gran testigo y maestro de la fe, que había vivido en su tiempo otra situación de controversia, que le llevó cinco veces al exilio.

<sup>1</sup> HS II, pp. 364.

Newman veía con claridad las semejanzas, y buscaba orientación para su Iglesia del siglo XIX contemplando la del siglo IV y V. Por eso había promovido una *Biblioteca de los Padres*, y había escrito semblanzas patrísticas, publicadas en 1840 con el título *La Iglesia de los Padres*, donde aparecen Ambrosio, Basilio, Gregorio de Nacianzo, Agustín, Antonio Abad, Atanasio, Vicente de Lerins, Martín de Tours, y en una serie aparte el Crisóstomo y otros. *Pretendía, dice, introducir en la moderna Iglesia de Inglaterra los sentimientos, ideas y costumbres religiosas de los primeros siglos.*<sup>2</sup>

Los Padres representaban la primera tradición de fe después de los Apóstoles. Desde los 18 años, siendo estudiante en Oxford, se había apartado de la concepción protestante de la ‘sola scriptura’, reconociendo la Tradición de la Iglesia en relación a la Revelación. Precisamente, su ocupación hasta Littlemore había sido la cuestión de la fe, cimentada en la Escritura y en el Credo de la Iglesia. La cuestión era si la continuidad con la Iglesia de los Padres estaba en la Iglesia anglicana o no. Por supuesto, la insistencia en los Padres comenzó a ser motivo de crítica y sospecha. Cuenta Newman: *de todos lados se levantaba un clamor: los tracts y los escritos de los Padres nos llevarían a hacernos católicos antes de que nos diéramos cuenta.*

Pero en los Padres encontraba, no sólo las controversias trinitarias y cristológicas y los conflictos entre la Iglesia y el poder imperial, dos cuestiones que resurgían en el escenario inglés, sino también la **importancia del monacato y del celibato en la Iglesia primitiva**, otras dos realidades decididamente negadas por la tradición anglicana, que las consideraba “papistas”, un invento romano, y un modo de vida “incompatible” con el Evangelio. Sostenían que el Evangelio no dice nada sobre el monacato, y Newman ironiza: *es tan poco razonable como decir que no dice nada acerca de deanes y capítulos, rectores*

*ricos, obispos en el parlamento, y mucho menos acerca de la licitud del comercio y los derechos del hombre. Pero agrega: el asunto es tan terriblemente monástico que tiemblo por lo que pueda pasarme. De todos modos afirma: es el libro más bello que he hecho, porque no contiene más que las palabras y las obras de los Padres.*<sup>3</sup>

El contraste era tan grande con el pensamiento protestante de entonces, que Newman dice que si san Antonio abad hubiera vivido en su época hubiese sido tenido por fanático, aislado como antisocial, y descalificado por una *conducta impropia de un caballero*, cuando en realidad, su conducta no fue vulgar, bulliciosa, imbécil, inestable, desobediente, sino calma y compuesta, varonil, intrépida, magnánima, llena de amorosa lealtad para con la Iglesia y la Verdad.<sup>4</sup> En efecto, dice, uno de los logros grandes del monacato primitivo fue, precisamente, su interés por la verdad *en tiempos y lugares en los que las grandes masas de católicos la habían dejado escapar.* Así, la cueva de Jerónimo en Belén y los monasterios de Agustín en el norte de África llegaron a ser refugios de “santidad” en un tiempo en que los cristianos se secularizaban cada vez más. Para Newman, la vida monástica *será abrazada por la parte más seria y ansiosa de la comunidad, allí donde el cristianismo se expresa, a pesar de las miradas de desaprobación de la sociedad.* Y al protestantismo le respondía así: *la primitiva Iglesia “adoptó” ese modo de vida.*<sup>5</sup>

Esta es la segunda razón que justifica la elección de retirarse a Littlemore, y de hecho ya había pasado allí la cuaresma de 1840, durmiendo en el suelo y ayunando intensamente, después de lo cual le escribió a un amigo sacerdote: *¿Qué dirías si estuviera pensando en sonsacarle a Mr. Leffer algunas tierras para construir allí [Littlemore] un monasterio? Esto es un secreto.*<sup>6</sup> Y a otro:

3 LD VII, p.218, 241, año 1840.

4 San Antonio Abad, HS, II, pp.98-99.

5 Demetrias, HS, II, pp.164-165.

6 Cf. J.Sugg, A Packet of Letters, Oxford, 1983, 210-211 (1880)

2 Apo, 95.



*Supón que tomara alumnos de teología en Littlemore, ¿no debería mi casa ser una suerte de dependencia de Oriel?... Suponiendo que surgiese una opinión favorable a los establecimientos monásticos y que mi casa tuviese que seguirla y adaptarse a un regla disciplinaria, ¿no sería de desear que tales instituciones saliesen de los Colegios de nuestras dos universidades?*<sup>7</sup> Y le escribe a su cuñado, una suerte de arquitecto amateur: *Hemos comprado nueve acres y queremos levantar un monasterio*,<sup>8</sup> dándole incluso las medidas de las distintas dependencias que debía tener el edificio. Y a su hermana Jemima: *Hemos terminado la plantación en Littlemore y se ve realmente hermoso. Por el tiempo que sea una persona vieja, si alguna vez lo llego a ser, será un espectáculo digno de verse*.<sup>9</sup> Hizo la parquización, y comenzó a acondicionar una hilera de establos abandonados, en forma de L, sobre la orilla de la propiedad. El granero le pareció adecuado para biblioteca y los “cottage” para las celdas. Y quedó delimitado un jardincito que le daba el aspecto de claustro. Y allí se fue, seguido de un grupo de amigos. De hecho, los de Oxford llamaron inmediatamente al lugar, y de modo despectivo, ‘The Monastery’.

Uno de aquellos que lo siguieron a Littlemore, William Lockardt, descendiente de sir Walter Scott, recién graduado, de 22 años, ha dejado por escrito lo que allí se vivía: “Estuve con Newman como un año. La vida era algo así como lo que leemos en las vidas de los Padres del desierto: oración, ayuno y estudio. Nos levantábamos a media noche para rezar el oficio nocturno del Breviario Romano. Recuerdo que la invocación directa a los santos se omitía, y en su lugar pedíamos a Dios que el santo del día rogara por nosotros. Creo que pasábamos una hora en oración personal y por primera vez aprendí lo que significa meditar. Ayunábamos cada día hasta las 12 horas y en cua-

resma y adviento hasta las cinco de la tarde. Había alguna mitigación en domingos y festividades. Newman nunca nos dejó que le tratáramos como superior sino que se ubicaba a sí mismo en el nivel del más joven de nosotros. Recuerdo que insistía en que no le llamáramos Mr. Newman de acuerdo a la costumbre de Oxford cuando se dirigía a fellows o tutores de los Colleges, sino simplemente Newman. Creo que nunca nos animamos a esto; lanzábamos el Mr. o nos dirigíamos a él sin nombrarlo... Íbamos a comulgar a la Iglesia del pueblo y a los servicios cada día. Nos confesábamos cada semana”. Newman hacía los trabajos de la casa como el resto. Tomaba su turno como portero, leía durante las comidas y servía las mesas. Por las tardes tocaba su violín.

En la misma línea de ir a la primitiva Iglesia, patrística y monástica, hizo otra cosa desde Littlemore, que relata así: *se me ocurrió la idea de publicar unas Vidas de los santos ingleses, y a este propósito hablé con un editor. Me parecía un proyecto útil, pues entretendría a personas que corrían el peligro de extraviarse, llevándolos de la doctrina a la historia y de la especulación a la práctica*.<sup>10</sup> Y agrega: *Poseer la historia del pasado es una compensación por los desórdenes y perplejidades de los últimos tiempos de la Iglesia... En este momento hay particulares motivos para recurrir a los santos de nuestra querida y gloriosa Inglaterra, tan favorecida de Dios como descarriada y desdichada. Este recurso nos servirá para amar mejor a nuestra patria, y amarla por mejores razones que hasta ahora; nos enseñará a vincular su territorio, sus villas y ciudades, sus montes y valles a cosas sagradas, nos dará una visión de su actual situación histórica en la economía divina y nos pondrá ante los ojos los deberes y esperanzas que ha heredado esta Iglesia que en tiempos pasados fue madre de san Bonifacio y de santa Ethelreda*.<sup>11</sup> Y explica en una carta: Quiero de-

7 Moz., II, 270-271.

8 Moz., II, 272.

9 Moz., II, 282.

10 Apo, 211.

11 Apo 311, (nota D: La serie de vidas de santos, 1843-1844)

*cir una obra histórica y devocional, no de controversia. Las cuestiones doctrinales no necesitan incluirse. En cuanto a los milagros, pienso que deben presentarse como hechos, creíbles de acuerdo a su evidencia.*<sup>12</sup> Pero algunos amigos suyos temían que una obra así se mostrara demasiado favorable a los milagros, al monacato y al papado, y Newman casi abandona el proyecto. Pero eso, pensó, significaba que la Iglesia de Inglaterra *no podía soportar las Vidas de sus Santos*, y por otra parte, *que las vidas tuvieran un efecto romano fuerte*, era inevitable.<sup>13</sup> Más tarde dirá que hechos como estos eran los que le forzaban a concluir, una y otra vez, que la Iglesia de Inglaterra carecía de catolicidad.

Incluyó algunos santos que nacieron en Inglaterra pero vivieron fuera, y otros que tuvieron contacto con Inglaterra aunque no nacieron en ella, además de *incluir ciertos hombres ilustres, aunque no santos, tales como Alcuino*.<sup>14</sup> Catorce autores escribirían 300 vidas, pero sólo se completaron 33. Newman era el director de la edición. Recorriendo la lista, muchos de estos santos son monjes, abades y abadesas. Interesa señalar aquí, que la primera vida escrita fue la de san Esteban Harding, en 1843, por Dalgairns, uno de los que vivía con Newman en Littlemore. Al comienzo dice: “Mientras esperamos días mejores, podemos consolarnos contemplando lo que fueron los hijos de la Iglesia alguna vez, y admirar sus virtudes, aunque no tengamos la fuerza de imitarlos, aun queriéndolo... Esta isla, no sólo estuvo cubierta, alguna vez, de hermosos monasterios, sino que envió hombres a tierras foráneas, que llegaron a ser allí la luz de las órdenes monásticas. Así fue el Santo, cuya vida nos hemos propuesto escribir, uno de los primeros fundadores de la orden cisterciense y el padre espiritual de san Bernardo. Aunque se sabe poco de sus primeros años, los historiadores

insisten especialmente en el hecho de que fue un inglés”.<sup>15</sup> Newman escribió en Littlemore la vida de tres santos bastante desconocidos: Edelwald, Gundleus y Bettelin, santos eremitas. Otro signo de hacia dónde apuntaba su mirada.

Realmente, este emprendimiento era una novedad, porque la hagiografía en la Iglesia de Inglaterra era prácticamente desconocida, y la aceptación de milagros medievales parecía negar uno de los principios fundamentales del anglicanismo. Pero las *Vidas de los Santos Ingleses* eran un argumento vivo. Se trataba, como en el caso de los Padres de la Iglesia, de testigos de la fe. No era un discurso teológico sobre la fe sino la presentación de ejemplos vivos de santidad, olvidados, de la época católica de Inglaterra. Y después de su conversión, siguió con lo mismo, porque al predicar a los obispos en el primer Sínodo de Westminster, con ocasión de la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra en 1850, les dice: *Es la llegada de una segunda primavera.. La Iglesia católica ha sido ennoblecida por una hueste de santos y mártires... Canterbury solamente cuenta unos dieciséis, desde san Agustín hasta san Dunstan y san Elphege, desde san Anselmo y santo Tomás Becket hasta san Edmund. York tiene a su san Paulinus, san John, san Wilfrid, y san William; Londres a san Erconwald, Durham a san Cuthbert... Están san Aidan de Lindisfarne, y san Hugo de Lincoln, y san Chad de Lichfield,... y san Oswald y san Wulstan de Worcester, y san Osmund de Salisbury,... y san Richard de Chichester...Y tuvo también sus órdenes religiosas, sus monasterios, sus universidades... Y exclama al final: ¡Qué gran cambio, qué horrible contraste, entre los tiempos honorables de la Iglesia de san Agustín y santo Tomás [Becket] y el pobre resto de sus hijos al comienzo del siglo XIX!*<sup>16</sup> ●—

12 LD IX, 299, a Bowden, 1843.

13 LD X; a Hope, 1843.

14 LD IX, 324.

15 Capítulo I. San Esteban en su juventud

16 SVO, 169-170.

*¿No es este tiempo nuestro un momento de extraños giros de la Providencia? ¿No es lo más seguro hacer simplemente, sin atender a las consecuencias, lo que consideremos correcto, día a día? ¿No será garantía de error el empeñarnos en trazarle de antemano su curso a la Divina Providencia?*

Navidad de 1841. LD VIII, p.387; Apo, 160

